



EXPLORACIONES PREHISTÓRICAS

Desde que en 1890 tuve el honor de servir de *cicerone* al insigne catedrático y geólogo D. Juan de Vilanova (1) en su corta permanencia en Vitoria, llegando á contemplar en nuestras excursiones de fuera de la ciudad hermosos dólmenes de Arrízala y Eguílaz, arraigaron en mí hasta tal punto las aficiones prehistóricas (á las que siempre tuve alguna inclinación), que todos los veranos, amén de tal cual extraordinario paseo invernal, dedico algunos días á recorrer determinados puntos de esta provincia, con la mira puesta exclusivamente en el hombre de los tiempos modernos de la prehistoria.

(1) Entre las muchas atenciones que debo á este ilustre amigo (q. e. p. d.), he de recordar con agradecimiento la de haberse dignado hacer mérito de mis insignificantes exploraciones en la página 422 de la *Geología y protohistoria ibéricas* con que comienza la *Historia general de España* que actualmente publica la Academia de la Historia. Y á propósito de este trabajo, me creo en el deber de advertir, para los oportunos efectos de la fe de erratas, que, sin duda á causa de la enfermedad que llevó al sepulcro al Sr. Vilanova, quedó sin corregir en la página 516 el siguiente párrafo: «En la llanada de *Macca* concense los de *Eguíluz*, *Capelamendi* y *Escalmendi*, no lejos de *Salvatierra*, de los cuales sólo cerca del primero halláronse algunos huesos humanos, abundantes armas de piedra y algún objeto de cobre». El menor número de correcciones que estos datos requieren son á saber: En la llanada de *Alava* concense los dólmenes de *Capilamendi* y *Escalmendi*, cerca de *Vitoria*, y el de *Eguílaz*, no lejos de *Salvatierra*, de los cuales sólo dentro del último, etc., etc.

Como de todo lo concerniente á los años anteriores á 1892 tengo ya dada cuenta á los lectores de esta REVISTA (1), voy ahora á reanudar el hilo de aquellos ligerísimos apuntes, diciendo algo, en el mismo estilo descarnado y seco, de las excursiones que he llevado á cabo en estos tres últimos años.

LA DEHESA DE SAN BARTOLOMÉ

De un discurso que á instancias mías leyó el Sr. D. Ladislao de Velasco el día 10 de Octubre de 1870 en el Ateneo de Vitoria, y que, con ligerísimas variantes, volvió á ver la luz formando parte de uno de los capítulos de su erudito libro *Los Eúskaros en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya* (Barcelona, 1880), copio los siguientes párrafos, á fin de no ponerme en el caso del grajo de la fábula:

«Los descubrimientos prehistóricos realizados en Álava, si á primera vista no son numerosos, tienen su importancia, pues constituyen una página, una medalla de aquellas remotas y desconocidas edades, y nos servirán, á no dudarlo, para proyectar algún rayo de luz en medio de las espesas tinieblas que rodean á nuestros aborígenes. Á cinco kilómetros próximamente (2) al Sur de la ciudad de Vitoria, en la vertiente Norte de la cordillera que separa á Álava del Condado de Treviño y es conocida con el nombre de Puerto de Vitoria, se emprendió hace cinco años la explotación agrícola de un terreno llamado la dehesa de San Bartolomé (3). Forma un valle estrecho y bastante accidentado, que corre de Este á Oeste, elevado á más de trescientos pies sobre la llanura en que se asienta la ciudad de Vitoria, y pertenece á la serie de terrenos de la época cuaternaria. Nada nos dice la historia del país, ni siquiera la tradición, sobre aquel despoblado, aunque en su centro se ha encontrado una pila bau-

(1) Véanse los números correspondientes al 15 y 30 de Octubre de 1892.

(2) Pasan de ocho.—(J. A.)

(3) Este coto redondo acasarado, justamente aplaudido por D. Eustaquio Navarrete en el prólogo de la 4.^a edición del *Fomento de la producción rural*, del insigne Caballero (Vitoria, 1866), fué roturado por el vitoriano don Juan José de Ugarte, de quien lo heredó el Sr. Velasco, siendo hoy dueño del predio el hijo político de este último, D. Bernabé Díaz de Mendivil.—(J. A.)

tismal y una cruz de piedra, lo que indica la existencia de población, ó al menos de una ermita, de donde sin duda arranca su nombre de San Bartolomé. Ni ruinas ni otros vestigios manifiestan la estancia del hombre civilizado en aquellos parajes. Al año de emprendidas las labores de esta explotación agrícola, importante con relación á las restantes del país, asomaron un día al surco de los fuertes y penetrantes arados de roturar dos brazaletes de metal. Reconocidos, resultó eran de oro, de veinte quilates el uno y diez y nueve el otro, con peso de diez y nueve onzas, dos ochavas y tres adarmes, y su valor de 5.897 reales. Su tosca y por demás sencilla manufactura indicaba la infancia del arte. No dando importancia á este descubrimiento, que se presentó como al acaso, sin sepulcro, caverna, ruinas ni otros vestigios que lo sancionaran, se deshicieron los brazaletes.

Pero quedaba despierta la atención del dueño de la finca, persona ilustrada y entendida. No había transcurrido un año cuando en punto no lejano á aquel en que aparecieron los brazaletes, aunque algo más elevado y á mayor profundidad, al abrir zanjas de desagüe, mostráronse sucesivamente, no reunidas y sí á distancia unas de otras, varias hachas de piedra, enteras las unas, rotas las otras, cuchillos de sílex, alguno casi completo, y trozos de otros; y más tarde, en aquel y otros sitios desparramadas, puntas de flechas, de lanzas, alisadores, cuñas de sílex ó piedra y dientes de animales desconocidos. Las hachas de piedra que conservo enteras son tres. La roca de que están formadas dos es la diorita y creo la tercera anfibolítica. Los trozos restantes de hachas y cuñas pertenecen á las mismas especies. Un cuchillo entero es de sílex con tres caras ó facetas, formando un prisma muy aplastado por un lado y plano por el otro. Cubríalo un ligero velo ó capa blanquecina que no encuentro hoy tan marcada. Los restos ó trozos de otros no tienen ni el acabado de éste ni su tamaño. Finalmente, trozos de sílex que comenzaban á trabajarse y recibir forma para cuchillos, puntas de lanza ó flecha, raspadores de piedra. Guardo tres muelas fosilificadas, aunque es mayor el número de las encontradas. Persona competente las ha clasificado, perteneciendo una al *Hiparion*

prostylimus, fósil de la época terciaria, y por consiguiente anterior al hombre, y las otras dos al *Equus fossilis* de la cuarta.» Hasta aquí D. Ladislao.

Á fines de Noviembre ó principios de Diciembre del último año de gracia de 1894, volvió el arado francés á tropezar en el centro de aquellos mismos parajes con algo fuerte y duro, que resultó ser una losa de piedra común, de más de un metro de longitud por treinta centímetros de ancho, debajo de la cual se encontraron dos osamentas humanas casi completas, bien que con señales evidentes de haber sido removidas sus extremidades inferiores, á las que la losa no alcanzaba á proteger. Noticioso del hallazgo el estudioso facultativo vitoriano mi amigo D. Perfecto Zulueta, por llevar él los consuelos de la ciencia á los dolientes de aquellas comarcas, invitóme á que hiciésemos una expedición al caserío de Ugarte, la cual pudimos practicar, en malísimas condiciones de cielo y suelo, el día 26 de Enero último. Lo que hallamos en el punto indicado fué lo siguiente: un cadáver de hombre de edad madura, con magnífico y completo sistema dentario, y otro inmediato, pareado con el anterior, de persona de veinte á treinta años, á juzgar también por la dentadura, conservándose enteros los dos cráneos: entre la tierra y los huesos varios trozos de pedernal como comenzados á labrar, bastantes tejas rotas y algunos trozos de cemento. Ahora bien, los fragmentos de tejas y de cemento, que abundaban desparramados por el suelo, ¿serán una confirmación de la existencia de la ermita de que nos habla Velasco, perteneciendo en tal caso los dos cadáveres á dos buenos cristianos enterrados en el siglo XV ó XVI al resguardo del santuario ó, por el contrario, esos dos seres humanos vivirían en el período *suevo* ó *neolítico*, siendo coetáneos de los utensilios allí encontrados y descritos hace veinticinco años por D. Ladislao? ¿Significará algo en pro de esta antigüedad la circunstancia, que algunos paleontólogos señalan como muy características de la raza de Furfooz y aun de algunos descendientes de la de Cro-Magnon, de hallarse perforada la fosa olecraniana del húmero de uno de aquellos cadáveres? Nada me atrevo á aventurar sobre esto, así como

tampoco acerca de si estos dos cráneos (que conservo, lo mismo que el tercio inferior del húmero aludido) son marcadamente *braquicéfalos* ó *sub-braquicéfalos*, añadiendo únicamente que la circunstancia de la perforación del olecráneo la tengo observada en muchos de los húmeros de los dólmenes.

Estoy, pues, á la expectativa de aportar nuevos datos acerca de la dehesa de San Bartolomé, dado que su complaciente colono, á más de haberme asegurado que en otra ocasion tropezó con otro obstáculo análogo á la losa sepulcral de que se ha hablado, no pudiendo precisar el sitio, que la casualidad se encargará de señalar en día no lejano, ha quedado en darme noticia del hallazgo tan pronto como se verifique.

HABITACIONES TROGLODÍTICAS

Interesante rama de los estudios prehistóricos es lo concerniente á las viviendas humanas en aquellos remotísimos tiempos, divididas en *troglodíticas*, ó de las cuevas, y de los *palafitos*, ó moradas palustres. Recuerdo á este propósito haber visto en la Exposición de París de 1889 un ingenioso ensayo sobre la *historia de la habitación humana*, copiado del natural é ideado y dirigido por Mr. Charles Garnier, en que, comenzando por la caverna natural, se concluía por las viviendas modernas.

Siguiendo yo con mis apuntes alaveses sólo diré que en nuestra provincia hay muchas cuevas naturales, aunque no sean muy notables, de las que conozco algunas en la falda Sur del monte Gorbea, al NNO. de Vitoria; en los montes de Encía, al SE., y en la sierra de Badaya, al NO.; pero no las he visitado con el suficiente detenimiento para encontrar en ellas ninguna reliquia humana.

Respecto de cuevas construídas por el hombre, que es ya materia menos común, debo llamar la atención de las personas entendidas acerca de las curiosísimas llamadas de Laño que, si bien no forman parte gubernativamente de la provincia de Alava, pues pertenecen al Condado de Trevi-

ño (que como es sabido corresponde á Burgos), este territorio se halla completamente encerrado entre regiones alavesas.

Pues bien, estas cuevas, que son en número considerable, aunque muchas van ya desmoronándose por la acción del tiempo, están construídas en la época prehistórica indudablemente, en dos enormes rocas escarpadas que, frente á frente, sirven de límites á un profundo y estrecho valle, y las visité en este último Agosto.

No es fácil señalar con precisión los trabajos sucesivos que para su comodidad iría haciendo el hombre en estas viviendas, ni el tiempo que estuvieron habitadas. Sus tamaños son distintos, pues al paso que algunas no llenan más de dos metros en cuadro, siendo su techo poco más alto que la estatura regular de un hombre, hay otras mucho más capaces y con techos altos y abovedados: tampoco ocupan el mismo nivel, ni simetría, pues unas están más cerca de la base que otras, habiendo siempre que trepar algo, aun para las más accesibles. En casi todos los huecos de las entradas se ven ranuras destinadas sin duda alguna á ajustar puertas más ó menos groseras. En algunas de las más espaciosas existen piezas á modo de alcobas, habiendo en las aristas de algunos ángulos salientes ciertos agujeros y ranuras para usos igualmente desconocidos. Las señales de los picos, que se aprecian en muchas partes, pues en otras están cuidadosamente alisadas las paredes, no parecen producidas por instrumentos metálicos, sino más bien por utensilios silíceos. Lo más curioso de estas viviendas es que muchas de ellas, las de mayor cubicación, sirvieron para enterramientos, pues aún se ven en el pétreo suelo muchas sepulturas de poca profundidad y de dimensiones acomodadas al cadáver que encerraron. Aunque todas las sepulturas que iba viendo estaban vacías, pues siendo bastante frecuentadas las cuevas por el ganado, al utilizar los excrementos para el abono de los campos se han ido acarreando al propio tiempo los restos humanos, pude explorar por excepción un sepulcro relleno de tierra y que conservaba un cadáver humano, removido é incompleto: en uno de los trozos de húmero

que pude reconocer no existía la perforación olecraniana.

Si bien estas cuevas pertenecen á la jurisdicción de Laño, están más próximas al lugar de Albaina, de donde distan menos de dos kilómetros y unos veinticinco al Sur de Vitoria. Á poca distancia de estas cuevas (unos cinco kilómetros adelante) y ya en territorio alavés, existen otras cuevas por el estilo junto á la villa de Marquínez, ayuntamiento de su nombre, adonde no me fué dable llegar, á pesar de haber salido de Vitoria á las cuatro de la madrugada y regresado á las diez de la noche en ligero vehículo, porque la mayor parte del trayecto lo constituye un horrible camino de carros completamente descuidado y de terreno muy quebrado. Personas que han visitado estas cuevas de Marquínez me han asegurado que allí no hay muestras de sepulturas, y que por su número y calidad son menos notables que las de Laño. En ambos puntos existen cuevas hoy completamente inaccesibles (á no servirse de procedimientos acrobáticos), y por lo mismo más dignas de ser exploradas.

Respecto á las cavernas de Marquínez, dice el ilustrado ingeniero de minas vizcaíno D. Ramón Adán de Yarza, no sin extrañar que ningún escritor hubiese hecho mención de ellas antes que él, lo siguiente (1):

«Las calizas numulíticas guarnecen, cual alero de un tejado, las rocas inferiores menos coherentes, donde un pueblo de remota antigüedad utilizó esta circunstancia natural para la perforación de multitud de cavernas que les sirvieron de viviendas ó sepulturas. En algunas de estas cavernas artificiales se ven figuras toscamente esculpidas y sepulcros abiertos en la roca.»

En otro lugar (2), al afirmar de nuevo el Sr. Yarza lo de las figuras, manifiesta que por la copia que de una de ellas presentó á D. A. F.-Guerra, se inclinaban ambos á suponer que representaba un hecho de la mitología fenicia, pudiendo por tanto conjeturarse que «las cuevas de Marquínez son

(1) *Descripción física y geológica de la provincia de Alava*, con numerosos grabados. Madrid, 1885, pág. 79.—Esta obra es uno de los cuadernos que constituyen las *Memorias* de la Comisión del Mapa geológico de España.

(2) *Ibid.*, págs. 167 y 168.

sepulturas de familias fenicias, acaso cretenses, únicos á quienes podían interesar tales hechos mitológicos». Por mi parte, y con perdón sea dicho de los Sres. Guerra y Yarza, creo que tanto las cavernas de Laño como sus congéneres de Marquínez caen, sin género de duda, dentro de las manifestaciones prehistóricas.

ALGO MÁS SOBRE DÓLMENES: UNO NUEVO

En el dolmen de Cuartango, que aunque conocido por los eruditos alaveses no había sido explorado, como lo habían sido sus tres congéneres próximos, hasta que yo lo hice en 1892 en los términos descritos en mis anteriores apuntes, encontré dos años después dos objetos curiosos. En los despojos que quedaron fuera del dolmen apareció una punta de flecha silíceo, que conservo, completamente limpia y lavada por las lluvias y nieves de dos inviernos, y de cuya autenticidad no cabe abrigar la menor duda: es casi igual que la de Arrizala, que tengo ya descrita. El otro objeto es un dedo ó falange de un pajarito, del que no conservo hoy más que la uñita, por haberse pulverizado lo demás.

Voy ahora á tratar de mi hallazgo más reciente é importante.

Avisado por el aplicadísimo químico industrial y concejal del ayuntamiento de Salvatierra, mi amigo D. Dionisio Preciado, de que le llamaba la atención en sus excursiones por el monte cierta especie de atalaya con ruinas existente al finalizar la jurisdicción de Salvatierra por peñas arriba, marché el domingo 8 de Setiembre último, por la tarde, á dicha villa, poniéndome en camino á la madrugada siguiente con dicho Sr. Preciado, otro excelente amigo y un criado, hacia el punto en cuestión, adonde llegamos en dos horas. Lo primero que llamó mi atención al dominar la áspera subida y alcanzar la meseta del monte, fué una piedra larga y estrecha clavada en tierra, que me pareció un *menhir*, y bien pudo serlo en su primitivo destino, por más que hoy tiene á cada lado de sus caras más anchas sendas cruces labradas y una inscripción que alude á una ermita dedicada

á San Juan; efectivamente, á los pocos pasos me señalaron una pequeña altura con el centro bastante deprimido, donde dicen existió la ermita de San Juan, que da nombre al monte y puerto, que sirven como de vestíbulo á la sierra de Encía. En ese emplazamiento no vi resto alguno de ermita; pero en cambio me pareció que aquel alto era un túmulo que había encerrado un dolmen, con tanto más motivo cuanto que á cien pasos de allí se ve el que fué hermoso dolmen y objeto de mi ascensión á aquel paraje, situado á mil metros sobre el nivel del mar, cuatrocientos sobre la llanada de Álava, á siete kilómetros de distancia de Salvatierra y uno antes de llegar á Onraita, ayuntamiento de Laminoria.

En el centro de lo que fué túmulo ó montecillo, del que ya sólo restan las faldas ó laderas, sobresale una gran losa, que forma la parte Sur del monumento y mide 2,36 metros de largo é igual dimensión en su parte más ancha, que es en el centro, completamente inclinada hacia atrás, ó sea hacia la parte exterior del dolmen por haber sido descarnada casi en su totalidad; enfrente de esta losa hay otras dos mucho más pequeñas, pues miden la una 0,83 por 1,81 y la otra 1,45 por 1,85. Las piedras de Oriente y Poniente, así como la enorme que solía servir de techumbre, se las han ido llevando poco á poco los vecinos de Duraita, no quedando restos de las mismas, si no es en algunos fragmentos de piedra arenisca (pues todas las demás son calizas). Y me fijó en lo de los fragmentos areniscos porque en la mayor parte de los dólmenes alaveses hay alguna losa de esta clase, aunque haya habido necesidad de traerla de 18 ó 20 kilómetros. En el dolmen en que me ocupó la cantera de piedra caliza sólo dista algunos metros, pues por aquel lado al menos es el monte una gran cantera.

Lo que fué recinto del dolmen estaba casi lleno en el momento que yo llegué, en sus cuatro quintas partes, de inmensa cantidad de cantos rodados, exceptuando la última faja oriental, que aunque bastante rebajada de lo que debió de ser en un principio, vendría á tener como algo más de un metro de profundidad de tierra y humus humano. A la sola inspección del derruido monumento me formé ya la idea

exacta de lo que en seguida comprobó la exploración: las cuatro quintas partes ocupadas por los pedruscos habían sufrido una ávida y completísima excavación, acaso en siglos pasados, varias veces repetida posteriormente, pues no encontré ni rastro de hueso alguno de los cadáveres de que debió de estar atestado el recinto.

En cambio, en la faja oriental aparecían cadáveres que, como todos los que se han encontrado en otros dólmenes, casi se reducían á pequeños fragmentos, fuera de los dientes, perfectamente conservados y sin asomo de caries, como ocurría con los hombres de entonces, á pesar de ser nuestro país de los más propensos á esta dolorosa enfermedad odontálgica.

Ninguna manifestación de la industria de aquellos hombres pudimos encontrar hasta las cuatro de la tarde, hora en que nos sorprendió una tormenta horrorosa, que con dos intermitencias duró tres horas, teniendo que refugiarnos en un principio en una cueva natural muy curiosa, y después, al regreso á Salvatierra, bajo las hayas del monte, sorteando el temporal, es decir, caminando solamente en los momentos en que la tormenta se alejaba y el agua caía con menos intensidad.

Pocos días después volvimos con nuevos bríos á continuar la exploración, y acabando de registrar cuidadosamente todos los restos humanos y humus que me quedaban por examinar, puede recoger de bastante profundidad una especie de clavo de cobre, sin cabeza, de treinta y siete milímetros de longitud, de forma casi rectangular, hecho á golpe de martillo hasta uno de los extremos en que, disminuyendo el grueso, acaba en punta sin aguzar. También recogimos huescillos de veinte milímetros de largo, terminados en punta, de los que no me atrevo á aventurar ninguna hipótesis acerca de su procedencia y destino.

Pero el hallazgo de un objeto de cobre y ausencia de otros metales demuestra que este monumento de la jurisdicción de Salvatierra es enteramente coetáneo de los de Cuartango (distantes entre sí unos cincuenta kilómetros), puesto que allí encontré en análogas circunstancias otra

especie de aguja de cobre de doble longitud, aunque algo menos gruesa y sin aristas, y viene también á ser una prueba más en pro del debatido período del *cobre* contra la opinión de algunos arqueológicos que quieren embeberlo en el *neolítico*, y principalmente contra los que por mucho tiempo han insistido en que no existía dicho período del *cobre*, por estar para ellos incluído en el del *bronce*.

Es indispensable, ha sostenido siempre Vilanova, y con más decisión si cabe en sus últimos años, «intercalar entre la piedra pulimentada y el bronce un período de duración indeterminada, y cuya nota saliente es el empleo del cobre puro en la elaboración de los objetos característicos; con la particularidad de no limitarse el hecho al territorio de la Península, sino á todos los países de Europa y América». (L. c., p. 530).

JULIÁN APRAIZ,

Vicepresidente de la Comisión de monumentos de Alava.

Vitoria y Octubre de 1895.





LA OBRA DE PASTEUR EN LA QUÍMICA ⁽¹⁾

Acontece de ordinario, cuando se juzga la labor de un sabio ó se ensalzan sus trabajos, recordar sólo aquellos descubrimientos de mayor generalidad y más inmediata trascendencia para la ciencia, los que, por ser vivo destello de un genio superior, obscurecen con sus fulgores otras meritísimas invenciones, obligado precedente y esencial preparación suya, y eso que la importancia de ellas ni es menor, ni puede quedar desconocida al narrar la influencia de estos hombres superiores en los adelantamientos y progresos de la ciencia pura. Tal sucede respecto de Pasteur, «cuya vida austera, consagrada á la más desinteresada investigación, es, según Renan, la mejor respuesta para quienes creen á nuestro siglo desheredado de los dones del alma». Háblase de sus estudios fundamentales de la teoría de los gérmenes, de la doctrina de la fermentación, de ellos derivada, y de cómo destruyó la hipótesis de las generaciones espontáneas; relatando los medios inventados para conservar el vino y fabricar la cerveza, los grandes descubrimientos realizados investigando las enfermedades del gusano de seda, los relativos al

(1) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 11 de Noviembre de 1895.

cólera de las gallinas, aquellos cuyo resultado inmediato fué la vacuna del carbunclo y el mayor de cuantos realizara el sabio insigne, una de las más puras glorias de nuestro siglo, referente al virus rábico, cantábanse sus triunfos experimentales, ensalzábase su generoso desinterés y proclamábase á Pasteur como uno de los bienhechores de la humanidad.

Otro Jenner, lograba introducir en el organismo el atenuado germen del mal, dándole inmunidad para contraerlo, preservándolo del contagio y poniéndolo en condiciones tales de resistencia que salvaba de muerte cierta á seres destinados á perecer, ó restituía á comarcas enteras la cosecha de la seda, base de una grande y próspera industria, ya considerada perdida. Los más ardientes entusiasmos por la ciencia y los más fervorosos amores por la humanidad estimularon tan grandes obras; la abnegación sin límites, el desinterés absoluto guiaron sus trabajos, y el trabajo nunca interrumpido, llevado como en alas de la fe en la eficacia de los resultados, constituyen el objeto de su santa vida.

Sus triunfos fueron inmensos, y con serlo no superaron su inventiva; realizó conquistas maravillosas en arduas especulaciones científicas; planteó y resolvió problemas de interés universal, porque á todos importan; sin descanso inquirió los fenómenos naturales y sus energías productoras, y habiendo conseguido tanto, y siendo tan notorios y útiles los resultados, ¿qué extraño es olvidar los principios de aquellos experimentos, su base fundamental y germen primero? ¿Quién, mirando al sol, radiante de luz, esparciendo en sus rayos la vida y los colores, se acuerda de aquella nebulosa que le ha dado origen, allá en las inmensas profundidades de los cielos?

Olvídase á menudo, hablando de Pasteur, el origen de sus mayores investigaciones; de dónde recibió su genio nativo el primer impulso, cuál fué el movimiento al que obedecieron las tendencias de su espíritu superior y cómo, indagando cosas tan poco relacionadas, al parecer, con la vida, llegó, desde el estudio de relaciones entre formas geométricas y propiedades ópticas de ciertos cuerpos y pasando por la doctrina de la disimetría molecular, á las teorías for-

muladas respecto del desarrollo de los gérmenes de seres organizados. Y es en verdad muy curioso advertir de qué modo, partiendo de lo que fué una serie de finísimas investigaciones químicas, referentes á los ácidos tartáricos, unidas por este lazo común, van las dos direcciones de trabajos realizados durante la existencia de aquel eminente maestro; una, dirigida al conocimiento de las formas elementales de la vida, es fundamento de las actuales doctrinas microbianas; la otra, cuyo sentido eminentemente químico encamínase á resolver cuestiones relacionadas con la estructura molecular de los cuerpos, es la base sobre la cual se ha levantado el artificio de la Estereoquímica. Buena parte de la labor experimental del sabio estuvo consagrada á alzar barreras entre ambas tendencias, á separar aquellos dos caminos abiertos por él mismo en los comienzos de su gloriosa carrera científica, y sin embargo, las dos líneas que tanto se empeñaba en separar, haciéndolas á cada punto más divergentes, van aproximándose, adelantan un punto paralelas, y luego convergen y se unen para prolongarse, desde entonces, juntas y como si fueran una sola, gracias á los adelantos llevados á cabo por la síntesis química aplicada á las sustancias orgánicas; mas no empaña la gloria del biólogo, ni aminora el mérito del químico, haber extremado sus puntos de vista respecto de las diferencias entre los cuerpos producto de fuerzas simétricas y los formados en el trabajo de energías disimétricas, llamando así, con sus mismas palabras, á los sintetizados y á los elaborados en el organismo, ni nada empece á la grandiosidad de su obra haber afirmado tales distinciones, ratificándose en ellas, en la conferencia explicada el 22 de Diciembre de 1883 en la Sociedad Química de París, después de los admirables experimentos de Jungfleisch, en los cuales consiguió la reproducción artificial del ácido tartárico; para sostener lo que ha sido fundamento y base cierta de sus mejores estudios, hubo de realizar Pasteur verdaderas maravillas experimentales, y los resultados de su estudio, sus invenciones, los cuerpos aislados, las formas determinadas, es grande y rico contingente adquirido por la ciencia: son hechos nuevos bien determinados, fenómenos dados á

conocer, problemas resueltos, origen inmediato de grandes aplicaciones: buscaba diferencias entre lo mineral y lo orgánico, y la ley de la continuidad salíale al paso, y pensando poner entre ellos barreras infranqueables, producía su genio trabajos tan de pura Química como los principios fundamentales de la teoría de las fermentaciones y los que originaron, más tarde, las ingeniosas doctrinas de Le Bel y Van t'Hoff.

Extendidas las investigaciones de Pasteur, particularmente cuando fué llegado el apogeo de su genio, al campo dilatado de los fenómenos de la vida, no se ve, de primera intención, el trabajo preparatorio, ni se advierte el criterio que informa sus magnos resultados: pocos se hacen cargo de los primeros trabajos, nunca puestos en olvido por el sabio, antes enriquecidos, en la edad madura, con nuevos y fecundos descubrimientos. Toda su obra, desde aquella primera nota acerca de la cristalización del azufre, cuya data es de 1848, hasta los grandes estudios de la levadura y de las fermentaciones, es esencialmente química y en los principios de la Química está fundada: aún no profesaba esta ciencia, de la cual ha sido admirable maestro en Lila y Estrasburgo, cuando el estudio de una de sus leyes hízole emprender la hermosa serie de investigaciones relativas al isomorfismo: la disimetría de los cristales puede decirse que fué su preocupación constante y á explicarla consagró las primicias de su talento, y del valor de sus trabajos puede juzgarse recordando sólo aquella frase del gran Biot, cuando, después de haber visto cómo un ácido tartárico desviaba la luz polarizada á la derecha y el otro á la izquierda, abrazaba entusiasmado al joven descubridor de tal maravilla, diciéndole: «Hijo mío querido, tanto he amado las ciencias en mi vida, que esto hace palpitar mi corazón»; entonces, conforme dice el propio Pasteur en sus conferencias acerca de la disimetría molecular de los productos orgánicos naturales, explicadas en la Sociedad Química de París el 20 de Enero y el 3 de Febrero de 1860, expresaba aquel ilustre físico la más legítima alegría, el más grande placer que es dado experimentar á un hombre de ciencia; veía realizadas sus previsiones y en adelante «el estudio de la polarización rotatoria

pondría en manos de los químicos uno de los medios más seguros de penetrar en el conocimiento de la constitución molecular de los cuerpos». Cómo ha influido esto en las investigaciones de los fenómenos químicos, ya con objeto de apreciar cantidades diversas de ciertos cuerpos, los azúcares entre ellos, bien indagando la estructura molecular de otros, créolo excusado en el momento; las previsiones de Biot y aquella su profecía, en cuya virtud habían de realizarse tan grandes invenciones, empezaron á tener cumplimiento, cuando un investigador genial, allá en los comienzos de su carrera, demostraba la correlación y dependencia de la disimetría óptica con la disimetría molecular, explicando, por medio de propiedades físicas, el orden como se agrupan los elementos fundamentales de los cuerpos; penetrábase así en su constitución interna, poniendo en claro ciertos misterios de la afinidad, demostrando cómo no de meros accidentes de forma, sino de algo más íntimo, relacionado con las posiciones de los grupos moleculares, se origina que un cuerpo, siempre igual atendiendo á su composición química, tenga propiedades distintas, en cuya virtud es levogiro ó dextrogiro, porque así están orientadas y dispuestas sus moléculas; pues hasta ellas y hasta las fuerzas á cuyo trabajo débese su agrupamiento y unión, alcanzan las leyes geométricas de la simetría.

Indagando en estos caminos y sin separarse un punto de la determinación y medida de las propiedades ópticas de los cristales; trabajando de continuo con el ácido tartárico, hizo su monografía tan completa y acabada como aparece en los últimos estudios de Guye, y bien puede hoy decirse, en vista de sus resultados, que á una composición química constante, en lo referente á las proporciones cuantitativas de carbono, hidrógeno y oxígeno, corresponde más de un centenar de cuerpos dotados de propiedades ópticas distintas, las cuales acusan otras tantas formas de agrupaciones moleculares, cambios de estructura interna, producto al cabo de la diversidad de modos de acción de las energías químicas. Pues bien, en esta gran conquista científica, lógica consecuencia de la aplicación de aquellos métodos, tan ansiada

por Biot, y que Pasteur fué el primero en practicar, se condensa en cierto modo y compréndese el carácter de su obra en la Química; en otro sentido, más elevado, pero acaso menos positivo, es la informadora de novísimas tendencias, según las cuales las actividades ópticas respecto de la luz polarizada, observadas en cuerpos tales como el ácido málico y el alcohol amílico, originanse porque grupos moleculares asimétricos satisfacen las avidencias químicas del carbono, representado en forma de un tetraedro regular, de donde arranca la nueva doctrina de las estructuras moleculares, base de todo un sistema científico, aplicado particularmente á interpretar los fenómenos que presentan las sustancias orgánicas, cuando de alguna manera cambian y se transforman merced á la influencia de los agentes de metamorfosis. Hipótesis halagüeña, cuya sencillez de principios cautiva el ánimo, y cuyas últimas consecuencias, previendo isómeros no aislados todavía, hacen vislumbrar la resolución de los más arduos y elevados problemas de la Química. No es sólo artificio representativo ni redúcese á una mera notación en la cual, gracias á cierto aparato geométrico, se expresa la forma de la molécula que con la real y positiva suya guarda mayores relaciones de semejanza, porque encierra un principio fundamental verdadero, demostrado en experimentos, comprobado por la misma síntesis del ácido tartárico, cual es la relación de la disimetría óptica y la disimetría molecular, primer esbozo de los grandes estudios modernos llevados á cabo con objeto de enlazar las propiedades físicas y químicas de los cuerpos, poniendo de manifiesto sus mutuas relaciones y dependencias. Juntando esta tendencia, que tanto ha modificado el criterio de la teoría atómica, con la doctrina de la Mecánica Química, no antagonista de aquél, tiénese ya el cuadro magnífico ofrecido ahora por la ciencia de las combinaciones, cada vez más positiva en sus métodos y á cada punto más racional en sus leyes y doctrina. Al servicio de tan generosas aspiraciones puso Pasteur su genio, y para conseguirlas llevó á cabo una obra admirable, fundadora de la Química geométrica, por lo que tiene de experimental; base de sus propios trabajos acerca de las formas elemen-

tales del organismo, en cuanto á sus consecuencias é inducciones.

Una de las más notables características de la obra entera de Pasteur es precisamente la constancia de la nota química, dominante en toda ella; así, cuando estudia las fermentaciones, fíjase de preferencia en las metamorfosis químicas originadas por los fermentos; investigando las enfermedades debidas á microorganismos, considera, en primer término, la manera como modifican los elementos disimétricos para constituir otros nuevos, y á la continua vésele acumulando mayores pruebas y buscando argumentos experimentales, siempre encaminados á sustentar las diferencias que desde el principio creyó ver entre los productos elaborados en el organismo y los fabricados en las operaciones de síntesis. Fuera del terreno puramente químico lleváronle sus observaciones acerca del isomorfismo, y así, conforme hacía notar Renan en su respuesta al discurso de Pasteur, cuando fué recibido en la Academia Francesa, de las limitadas y angulosas formas geométricas de los cristales, estimulado por los fenómenos ópticos en ellos observados y dependientes, en último análisis, de su constitución molecular, pasó á investigar las redondeadas y primitivas formas de los organismos, predominando en su trabajo entero aquel mismo sentido observado en los comienzos de una labor tan fructífera para la ciencia y cuyos métodos habían de llegar hasta el descubrimiento de toxinas y antitoxinas, al cabo bases orgánicas y alcaloideas semejantes en sus funciones á la anilina y á la metilamina, sin otras distinciones que el origen ó procedencia; advirtiéndolo cómo aun en aquellos experimentos referentes á los virus atenuados hay de continuo una parte química de importancia suma, por ser los productos destinados á las inoculaciones grandes fábricas de principios orgánicos, dotados de propiedades venenosas, y así demuéstranlo los de la septicemia y el carbunco. Esta dominante en tan larga y variada obra indica ya algo como la idea madre siempre en ella presente, y no es otra sino la distinción esencial entre las substancias orgánicas procedentes de operaciones sintéticas y las elaboradas en el organismo, mediante sus funcio-

nes, y de seguro nunca una inteligencia superior púsose más por entero al servicio de una doctrina, jamás un sabio se esforzó tanto en mantener la teoría establecida en sus primeros experimentos, ni es posible ver investigaciones más inspiradas en el adelanto de la ciencia y en beneficio de sus semejantes. Aquellas palabras «por la ciencia, la patria y la humanidad» grabadas en la medalla de oro entregada á Pasteur en la memorable solemnidad de su Jubileo, sintetizan su vida entera y son cabal expresión del carácter de los trabajos de un verdadero genio, gloria purísima de nuestro siglo, aun en el sentido de los más opuestos á sus teorías y de los contradictores de sus doctrinas; pues de ellas queda como definitivamente adquirido un caudal de hechos cuyas aplicaciones han transformado por entero nuestros sistemas en la ciencia de curar y han influído, de igual manera, en el concepto de muchas enfermedades y en la interpretación de buen número de fenómenos químicos.

Registrando la larga y copiosa lista de los trabajos llevados á cabo por Pasteur, pronto se echa de ver cómo aquellos del comienzo de su gloriosa carrera científica, acaso los más ingeniosos y originales, respecto de los métodos de investigar, refiérense á la Química pura, y tienen por solo objeto añadir pruebas de hechos, completar y extender las ideas emitidas á propósito de la disimetría molecular de las substancias orgánicas, para cuya doctrina sirvieron de fundamento los experimentos notabilísimos cuyo resultado inmediato fué el desdoblamiento del ácido tartárico inactivo en otros dos ácidos, uno levogiro, dextrogiro el otro. Hallábase el que andando el tiempo había de ser su Director insigne, estudiando en la Escuela Normal Superior de París, de donde tantos y tan ilustres profesores han salido, y eran los momentos en que había de decidir el camino de sus investigaciones: indeciso, solicitado por muchos y seductores problemas, animado por el ejemplo de otros compañeros dotados de menos genio é inventiva; estimulado por el natural deseo de producir algo propio, bastante para hacer resaltar su personalidad científica; ante el vastísimo y á la sazón todavía poco explorado campo de la Química, cuyas

doctrinas, tratándose de las sustancias orgánicas, comenzaban á facilitar medios de interpretar reacciones, penetrando en la constitución de su molécula, no sabía resolverse marcadamente por determinado orden de especulaciones experimentales: atraíale el estudio de las formas de los cristales, relacionada con la estructura molecular; preocupábale el género de enlaces que debieran existir entre las propiedades físicas y químicas de los cuerpos y en su inteligencia quizá aparecían vislumbres de la doctrina á la cual debía consagrar las investigaciones de su vida entera, cuando ocupábase en la cristalización del azufre, cuerpo dimorfo, de cuyas formas una puede ser calificada de accidental ó adventicia, gracias á la propiedad de convertirse en la otra definitiva y estable, ó trataba de inquirir explicaciones racionales de los diversos modos como se agrupan los cristales de sulfato potásico. Aquellos primeros trabajos de juventud son el preliminar y antecedente de toda su obra ulterior; dibújase allí una tendencia marcada, confirmación de ideas anteriores, apenas esbozadas en la Memoria de Malus, acerca de la luz polarizada, cuya data es de 1808, en los posteriores estudios de Arago y en el prolongado y constante trabajo de Biot: las formas cristalinas y las propiedades de los cristales no son cosa arbitraria, ni por capricho de la Naturaleza se han constituido, antes son cosa inherente de los cuerpos, dependiente de su estructura interna, de la posición y especial arreglo de sus elementos constitutivos; pues la figura externa viene á ser trasunto y reflejo de una forma molecular no investigada ni descubierta á la hora presente, demostrada en muchos fenómenos ópticos de los cristales, cuyo estudio es de grandísima importancia así en los dominios de la Química pura, tratando de formular leyes y explicar hechos, como en el terreno de las aplicaciones, cuando se han de determinar sustancias variadísimas mediante acciones luminosas.

De cuantas operaciones practícanse en la Química, bien sea su fin aislar cuerpos en completo estado de pureza, separando unas de otras las especies, ó tengan por objeto el estudio y determinación de sustancias ya aisladas, para ase-

gurarse de su individualidad, ninguna absorbe tan por completo todos los cuidados del químico, y en particular del químico novel, como la formación y agrupamiento de cristales. Decía el gran poeta Goethe, que era un insigne naturalista, hablando de aquellas afinidades electivas, cuya doctrina estaba muy en boga en su tiempo, y refiriéndose al caso especial del cambio de parejas ó dobles descomposiciones, que viendo cómo las partículas de los cuerpos se buscan y eligen, uniéndose las afines y rechazándose ó separándose aquellas entre las cuales no pueden establecerse íntimas uniones, el espíritu no es dueño de sustraerse á dotarlas de cierta facultad afectiva y como subyugado ante el portento de un fenómeno, que en fuerza de repetirse parécenos sencillísimo, concédeles cierta voluntad consciente, porque no se explica, á primera vista, cómo energías fatales son creadoras de lazos fundados en apariencias de simpatías moleculares, más ó menos exaltadas. No otra cosa sucede estudiando la cristalización, las agrupaciones cristalinas y las propiedades de los cristales: el mecanismo en cuya virtud fórmasse un núcleo de no determinada apariencia geométrica, base del cristal, cuyos elementos son geoméricamente iguales, ordenados conforme á ley de simetría, siendo todos los de un mismo nombre solidarios de la modificación experimentada por uno solo de ellos; los crecimientos del grupo hasta la total aparición de la más limpia y pura forma, constante en cada cuerpo y por ende dependiente de su estructura molecular, la cual vese como ampliada y exteriorizada en ella; las agrupaciones de los cristales luego que varios se encuentran, y aquel su movimiento, con todas las apariencias de voluntario, que los aproxima y reúne, siempre de igual manera, tratándose del mismo cuerpo y de idénticas formas, son hechos bastantes á cautivar el ánimo del experimentador joven, despertando sus entusiasmos y avivando sus ansias por realizar descubrimientos, mediante el estudio é investigación de los cristales, en particular tratándose de la manera como se constituyen en los fenómenos de cristalogenia. En este caso el repetirse el hecho no es obstáculo al placer sentido, ni disminuye su incomparable belleza: es

la eterna poesía de la ciencia, la más acabada obra de un Arte exquisito, en el cual intervienen las energías del Universo, como si la Naturaleza tuviese en ello las complacencias mismas que en el acto de determinarse las formas primordiales de la vida, cuando los elementos del aire, los del agua y el anhídrido carbónico dejan de ser minerales, y por virtud de ignorado y misterioso trabajo originan los principios constitutivos de aquella célula viva, elemento primitivos del ser, reproducido en sus órganos y tejidos, conforme en el cristal aparecen reproducidas la molécula y sus respectivas posiciones dentro del cuerpo.

Suben de punto los entusiasmos del novel investigador cuando estudia aislados los cristales, cuya formación ha provocado mediante artificios experimentales; quien haya descubierto indicios de hemiedrias, gracias á los cuales le fué dado explicar determinados caracteres; el que ha logrado, apelando á medios mecánicos ahora bien conocidos, una macla modificando un paralelepípedo de Espato de Islandia; cuantos vieron cambiar de forma, por las solas acciones de un rayo de sol, los cristales de sulfato de níquel en el seno del mismo líquido donde se habían depositado; los que, habiendo tallado una lámina de cristal de roca, cuerpo disimétrico en cierto sentido, paralelamente del eje del cristal y observado su polarización rotatoria, repitiendo el clásico experimento de Arago y ampliando sus alcances hasta demostrar cómo el fenómeno puede tenerse como accidental y dependiente de la talla y posición dada á la lámina de cuarzo, ya que es susceptible de desaparecer y no dependiente de disimetría peculiar de la molécula de ácido silícico, comprenderán al punto el purísimo placer y la inefable alegría de ver confirmadas, en sus obras más bellas, las soberanas leyes de la Naturaleza, que todo lo rigen y presiden. Y si, ahondando más todavía en semejante linaje de estudios, prescínlese ya de ciertos accidentes, quedan los hechos á modo de andamiaje y como datos fundamentales la determinación de los cristales y las leyes de sus transformaciones y mudanzas, y se indagan las causas de las formas, averiguando sus relaciones con la composición química de los cuerpos, llegando

á formular la ley por la cual tal dependencia se rige y con esto el medio de reconocer las substancias, estudiando lo que en ellas es más externo, de cuyo conocimiento deriva la aspiración de la ciencia moderna á relacionar las propiedades de cada cuerpo con la manera de estar constituido, dentro de cuya tendencia cabe considerar posiciones relativas de las moléculas, estructuras internas dadas á conocer mediante caracteres ópticos, haciendo de tal suerte, y con mayor generalidad que Biot quería, un medio de investigación en la Química de procedimientos fundados en cualidades físicas de las formas propias y externas de los cuerpos; entonces el placer intelectual del investigador, llegando á descubrir tales relaciones, es verdaderamente inefable; pone su alma y su vida enteras en aquel tan fecundo trabajo y en él cifra toda su gloria. Ve claro cómo la forma no es accidental de las cosas, sino resultado de su propia esencia; percibe clara la relación, tenida por misteriosa, entre cualidades perceptibles y estructuras moleculares ocultas ó ignoradas, y al establecer siquiera la menor de estas relaciones, lleva á cabo una obra grande y augusta, poniendo de manifiesto la continuidad admirable del trabajo de las energías naturales, en cuya virtud lo grande y lo pequeño, la forma y el contenido, estrechamente se unen.

Tal era el estado de Pasteur al dedicarse, todavía muy joven, á experimentos é investigaciones cristalográficas en el laboratorio de la Escuela Normal Superior de París, admirable Institución donde se han formado los profesores más ilustres de Francia. Después de muchas tentativas y al término de prolijas observaciones, llevadas á cabo con entusiasmo de neófito y riguroso método de hombre reflexivo, había llegado á establecer, á guisa de principio, mejor presentado que demostrado, la relación de la estructura molecular de los cuerpos compuestos con sus propiedades físicas, cuando una nota del que era á la sazón autoridad de primer orden y como la mayor en asuntos cristalográficos, hubo de traer ciertas perturbaciones á sus ideas, y esta duda en las conclusiones formuladas por el gran Mitscherlich, fué el principio de su gloriosa obra en la Química, cuyas consecuencias

han sido un método para reconocer cuerpos, establecer relaciones fijas entre las propiedades físicas y químicas de las substancias y los principios fundamentales de la Estereoquímica. Había encontrado el sabio alemán diferencias, antes ignoradas, entre el tartarato doble de sodio y amoniaco y el paratartarato; cuerpos dotados de la misma composición química, iguales la forma cristalina, el peso específico, la doble refracción, sólidos ó disueltos; pero las disoluciones de la primera de las citadas sales hacía girar el plano de la luz polarizada y las de la segunda eran perfectamente inactivas: «Aquí, son las palabras del propio Mitscherlich, la naturaleza y el número de los átomos, su disposición y distancias son las mismas en los dos cuerpos comparados». Entretenido Pasteur con trabajos cristalográficos para relacionar formas y propiedades de los cuerpos, cuando tuvo conocimiento de la nota del gran físico y cristalógrafo alemán, cuya autoridad era en todas partes respetada y cuyos famosos descubrimientos habíanle valido merecida fama y justo renombre: sus ideas, fruto de experimentos finos y delicados, y sus opiniones acerca de fenómenos particulares atentamente observados, sufrieron honda perturbación; como obsesionado por las conclusiones de Mitscherlich, poseído á la vez del deseo de repetir el hecho origen de ellas, con verdadera ansia de explicarlo, poniendo en claro sus causas, encaminó desde aquel momento las investigaciones en sentido de averiguar por qué el tartarato doble de sosa y amoniaco ejerce acciones sobre la luz polarizada y el paratartarato es enteramente inactivo, iniciando así aquella magnífica serie de estudios que constituyen el fondo de la doctrina de la disimetría molecular, con tanta brillantez y claridad expuesta por él mismo en las hermosas conferencias explicadas en la Sociedad Química de París en 1860 y 1883. Bien puede decirse, además, que los estudios de la disimetría, obra de incomparable sagacidad y precisión experimental, fueron base y origen de ulteriores descubrimientos de Pasteur; pues en ellos tuvieron origen los primeros trabajos relativos á las fermentaciones, fundamento de cuantos realizó más tarde en la Medicina, y de cuya trascendencia puede juzgarse viendo la manera cómo han

transformado los conceptos más principales de esta ciencia é influído en los medios de curar las enfermedades.

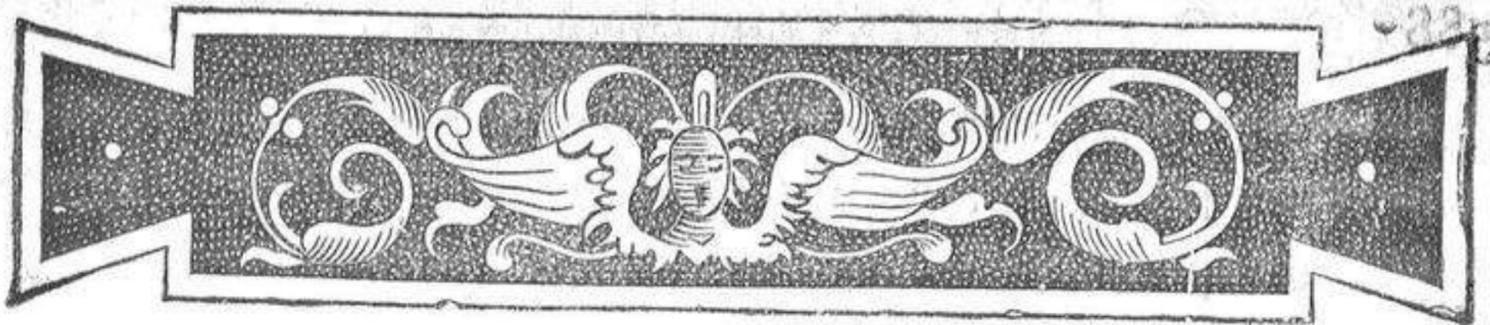
Ni siquiera hubo menester el entonces alumno de la Escuela Normal Superior de París inventar procedimientos nuevos al emprender sus nuevos experimentos; los conocidos, debidamente empleados, sirviéronle á maravilla y pudo conseguir mucho más de cuanto podía esperarse, rectificando aquellas apreciaciones, quizá demasiado absolutas, mejor impuestas con la autoridad adquirida en otras lides, que erigidas en verdades mediante prolijos y bien terminados experimentos: partió del ácido racémico ó paratartárico, obtenido ahora fácilmente cuando se calienta, en vasijas cerradas y á la temperatura correspondiente á 175 grados centesimales de ácido tartárico ordinario con un décimo de su peso de agua; del ácido racémico mediante saturación, ó sea directamente, obtiéndose aquel paratartarato doble de sosa y amoniac, cuya sal marcábala en su trabajo Mitscherlich por inactiva respecto de la luz polarizada; purificada la sal, disuelta en agua y evaporada la disolución ó sometida al método hoy llamado de las cristalizaciones fraccionadas, se escinde y desdobla en dos sales distintas y con la mano sepáranse dos clases de cristales: ambos distínguense porque tienen facetas hemidricas colocadas sobre una de las aristas de la base del prisma; pero hay esta diferencia: en los cristales depositados primero aquellas facetas están dispuestas hacia la derecha, y en los últimos tienen la propia disposición á la izquierda. La misma es la composición de ambos cristales, iguales sus propiedades todas, sólo que el dotado de hemiedrias derechas es dextrogiro respecto de la luz polarizada y levogiro el de las hemiedrias á la izquierda. Uno de los términos del problema quedaba así resuelto y sabida, desde este primer experimento de Pasteur, la propiedad del racemato ó paratartarato doble de sosa y amoniac, en cuya virtud desdóblase en dos sales, cuyos cristales hállanse modificados de la misma manera, en sentido inverso: ambos desvían con igual intensidad el plano en el cual se polariza la luz, y el valor del giro es en ambos casos idéntico, sólo que en uno mídese á la derecha y á la izquierda en el otro; ape-

lando al procedimiento clásico debido á Scheele, descompuso ambas sales, valiéndose del cloruro de calcio y recogió dos tartaratos de calcio insolubles; descompuestos por el ácido sulfúrico y separado el líquido del sulfato cálcico formado y evaporado aquél, depositáronse cristales, cuya forma era la de prismas romboidales oblicuos, con sus correspondientes hemiedrias: el ácido procedente de la sal dextrogira tenía-las á la derecha, y en tal sentido desviaba el plano en el cual polarízase la luz; el ácido obtenido de la sal levogira ostentaba á la izquierda su hemiedria, y en tal sentido y con igual intensidad que el anterior actuaba sobre la luz polarizada. De suerte que por este experimento quedaba demostrado cómo las dos sales producidas al desdoblarse el doble paratartarato de sosa y amoniaco corresponden á dos ácidos tartáricos, si iguales respecto de la composición química, tan distintos en cuanto á propiedades ópticas cual pueden serlo las sales utilizadas para obtenerlos, en la forma dicha y explicada, cuando se ha de extraer el ácido tartárico del tártaro procedente de las heces del vino.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

(Concluirá.)





EL NIDO

(FRAGMENTO)

.....

II

Eran Roque, Ramón y Margarita
tres primos que de *Génova* en la aldea,
que un pintoresco valle señorea,
pasaban el rigor de los estíos,
en esa tierna edad en que alborea
la aurora de los vagos desvaríos;
en que, turbando la celeste calma
de la inocencia, oscuros ó risueños,
empiezan á subir del mar del alma
como fantasmas de vapor los sueños;
en que deseos locos, inefables,
la comezón del ánimo entretienen,
y en medio de los juegos, sobrevienen
nubarrones de tedio, inexplicables,
que apagan bruscamente el alborozo;

en que se aprende lo que no se estudia,
en que el amor su música preludia,
en que se pasa, en fin, de niño á mozo.

III

Ramón, todo viveza, todo fuego,
flaco, moreno y de ligeras piernas,
hurtaba alguna vez almendras tiernas
y recitaba á Iriarte y Samaniego.

Roque, temperamento más pasivo
y de mayor apego
al género real y positivo,
no era, como Ramón, de esos Quijotes
disipados en sueños y en
que en premio suelen recibir azotes,
y aunque envidiaba sus brillantes dotes,
era más ducho en números é idiomas.

Y como un cisne esbelta y hechicera,
Margarita, la niña de que os hablo,
por lo precoz una *Virginia* fuera
si la hubiera querido un solo *Pablo*.

Mas no era así. Secreta simpatía,
rayana del amor, aunque inocentes
y puros todavía,
como un vago crepúsculo, encendía
las almas de los dos adolescentes.

IV

En la terraza abierta á los olores
que el aura bebe en árboles y flores,
y á los áureos reflejos
con que la noche luminosa baña
el caserío, el valle, la montaña
y el mar que va perdiéndose á lo lejos,

júntanse en ancho corro las familias
 que forman la colonia veraniega,
 para pasar al fresco las vigili-
 as; alegre turba de chiquillos juega,
 y si al jugar á la gallina ciega
 coge á Ramón ó á Roque Margarita,
 á su contacto delicado, un nuevo
 ardor, un nuevo sentimiento agita
 sordamente la sangre del mancebo.

.....
 Y cuando, ya acostados
 Roque y Ramón, de sombra rodeados,
 visiones y ruidos
 se apagan en su mente y sus sentidos,
 de sus sentidos y potencias dueño,
 el rostro de su bien, como risueño
 astro que vaga claridad difunde,
 es la postrera imagen que se hunde
 en la bruma del sueño.

V

Halló un día Ramón en el tejado
 un nido de gorriones,
 y como, por su mal, era un dechado
 de aquellos expansivos corazones
 que no encuentran sabor á la ventura
 cuando otro ser no la comparte y goza,
 á contar á su primo se apresura
 el hallazgo feliz que le alborozaba,
 y le explica además cómo se pasa
 por un procedimiento peregrino,
 desde un árbol al techo del vecino,
 del techo del vecino al de su casa.

Una común idea
 en el cerebro de Ramón palpita
 y en los ojos de Roque centellea.

¿Cuál? Regalar el nido á Margarita.

Mas la ofrenda de amor quedó aplazada,
temiendo que, sin plumas todavía
la desvalida y trémula nidada,
no pudiese vivir aquella cría
de las maternas alas arrancada;
y entre los dos amigos se convino
que al llegar, según cálculo prudente,
la oportuna sazón, á su destino
llevarían los dos aquel presente.

VI

Entre tanto, Ramón, que ya se anima
imaginando la celeste llama
que encenderá los ojos de su prima
al recibir la dádiva preciosa,
á menudo al tejado se encarama
con planta sigilosa,
para atisbar la prole vocinglera,
pues, como si algún chasco presintiera,
no las tiene el rapaz todas consigo,
temiendo que algún pájaro, mal digo,
que la felicidad, tomando el vuelo,
le deje con un palmo de narices;
que este es el justo y natural recelo
de todos los que van á ser felices.

VII

¡Ay! Con razón temía.
¡Considerad, lectores, cuál sería
su pena, su estupor, su aturdimiento,
cuando, al llegar el día,
la teja levantó con mucho tiento,
y la encontró de pájaros vacía!

Bajó desatentado el pobre mozo,
 haciendo en el tejado tal destrozo
 que, á las lluvias primeras,
 inundóse la casa de goteras.

VIII

¡Inútil precaución, cautela vana!
 ¿Se los habrán robado? ¿Habrán huído?
 ¿Con súbito vigor habrán crecido
 sus alas, de la noche á la mañana?
 ¡Pero el gato quizás!... ¡El gato ha sido!
 ¡Él es, él es el asesino infame!
 ¡Y con qué vil descaro se relame,
 tras el festín opíparo, sangriento,
 tendido al sol, bajo la verde parra,
 atusándose el pelo, soñoliento,
 con la menuda garra!

Al estallar del rayo de su ira,
 Ramón, que era su antiguo camarada,
 un cacharro le tira;
 prudente, el gato á un lado se retira,
 creyendo que era broma, aunque pesada;
 mas como viese luego
 que no era la agresión cosa de juego,
 huyó por el mancebo perseguido,
 hasta que por su bien tomó el partido
 de refugiarse en la mansión que habita,
 á la sombra de plácidos almeceas,
 aquel ángel llamado Margarita,
 en cuya protección confía el gato,
 porque la niña á veces
 le obsequia con las sobras de algún plato.

IX

Sacando de una taza pan mojado
 con su dedo menudo y sonrosado,
 daba á unos pajarillos alimento

la niña, en el momento
que persiguiendo al criminal presunto
entró Ramón con ademán airado.
Mas le detuvo al punto
la niña, y exclamó:—¡Mira qué nido
de gorriones que Roque me ha traído!
Son muy lindos, ¿verdad? ¡Cuánto le quiero!

¡Desdichado Ramón! Desvanecido
su error, vió con horrible desencanto
que era su primo el reo verdadero,
que el nido le robó traidoramente
para gozar la gloria por entero
de llevar á la hermosa aquél presente.

Sintió preñado el corazón de llanto,
y se quedó petrificado, mudo,
con tan glacial y estúpida mirada
que contener no pudo
la niña una sonora carcajada,
sin presumir, al verle en esta guisa,
que se clavara, cual puñal agudo,
en las entrañas de Ramón su risa.

X

Se alejó devorando sus agravios
y sin decir *adiós*, porque temía
que al brotar un acento de sus labios
revelase la pena que sentía;
y en un obscuro matorral en donde
avergonzado su dolor esconde,
lloró, sin más testigos que los cielos,
el primer desengaño de su vida,
y por primera vez sintió la herida
terrible y ponzoñosa de los celos.

XI

Y los que antes querían tiernamente
á su graciosa prima, á un tiempo mismo,

sin que turbara aquel amor naciente
los lazos fraternales
de su amistad, exenta de egoísmo,
entre los dos abriéndose un abismo,
desde el instante aquel fueron rivales.

XII

¿Qué hizo Ramón después? El pobre mozo
fué encerrado en obscuro calabozo,
porque á su padre le contó un vecino
que había dado á Roque unos cachetes,
y añadió con horror el campesino
que, como dos villanos mozalbetes,
rodaron por el polvo del camino.

Pensando el infeliz encarcelado
que sólo le faltaban los grilletes
para ser un grande hombre desgraciado,
consideró, de esta verdad en prueba,
que el Nuevo Mundo, por Colón hallado,
de *Américo Vespucio* el nombre lleva;
y presintió que con diversos nombres,
mas por igual miseria confundidos,
lo mismo son los niños y los hombres,
ya se trate de mundos, ya de nidos.

JUAN ALCOVER.





LA ESCLAVITUD

(*Conclusión.*) (1)

Á fines del siglo XVII, el año 1685, publicó Luis XIV su célebre *Código negro* para proteger á los esclavos; pero no fué cumplido en aquello que les pudiera favorecer. Precisamente cien años después, en 1787, se fundó en Inglaterra una *Sociedad de Amigos de los negros*, que tenía por fin la abo- ción de la trata. El Rey de Dinamarca fijó en 1794 el año 1803 como el último de la trata en sus dominios; pero Francia se le adelantó, y reunidas la Asamblea nacional y la Con- vencion, ésta, en 17 de Julio de 1793, acordó la supresión de prima á los que se dedicaban á la trata, y el 16 Pluvioso del año segundo de la República (5 de Febrero de 1794), á ins- tancias de Danton, Lacroix y otros grandes hombres, fué proclamada la libertad de los esclavos. Recobrada la isla de Santo Domingo, durante el Consulado, se restableció en ella el tráfico de negros; estaba entonces en Francia muy en boga todo lo clásico, y evocando sus recuerdos se quería justificar hasta la esclavitud; por eso decía Bruix, consejero de Esta- do, para explicar la reaparición de la esclavitud colonial:

(1) Véase la pág. 500 de este tomo.

«La libertad de Roma se rodeaba de esclavos; más piadosa entre nosotros, los relega á tierras lejanas».

El derecho internacional moderno rechaza el dominio del hombre sobre el hombre y considera la esclavitud en contradicción con la ley natural y con los derechos de la humanidad (1). Los soberanos reunidos en Viena firmaron una solemne declaración el 8 de Febrero de 1815 estigmatizando la trata de negros, y para ponerlo en práctica se idearon, entre otros medios, la facultad de visitar las naves que se encontrasen en ciertos mares, en las que se pudiera sospechar que se hacía la trata. Este convenio se concluyó en Londres el 21 de Diciembre de 1841; pero no subsistió, porque se reconoció que se lastimaban los derechos de soberanía de los Estados; en cambio, se dieron disposiciones interiores que viniesen á garantir el triunfo de la justa causa, castigando con severidad las leyes penales de los pueblos civilizados á los que hacían el comercio de esclavos, y lo que aún es de más trascendencia, aboliendo la esclavitud en aquellos países en que estaba sancionada por las leyes.

El Parlamento inglés, que habia propuesto la supresión de la trata en 1793, consiguió verla realizada en 1829; el 15 de Mayo de 1832 proyectó la abolición gradual de la esclavitud y observando que no era posible, en la misma fecha del año siguiente se declaró su abolición inmediata: 2.000 millones de reales se gastó Inglaterra en el rescate de sus esclavos. Acción memorable que inmortalizará á aquellos que la consiguieron. En 1831 (30 de Noviembre) y en 22 de Marzo de 1833 se había ajustado un convenio entre Francia é Inglaterra para impedir el tráfico de negros, al cual se adhirieron en 1834 y 1838 los demás Gobiernos. El francés adoptó la abolición de la trata durante la segunda restauración, quedando abolida la esclavitud en las colonias francesas en 1848. Ejemplo que fué seguido por otras naciones de Europa.

En cuanto á las colonias inglesas de América, se introdu-

(1) Véase el *Tratado de derecho internacional público*, por Pascual Fiori, traducción castellana de A. García Moreno.—Madrid, 1879. En 4.º Tomo I, capítulo V, § § 92 y 93, págs. 78 y 79.

jo en ellas la esclavitud por los años de 1620 á 1621, al mismo tiempo que el cultivo del algodón. Antes de su separación de Inglaterra pidieron muchas veces aquellas colonias, sobre todo la del Sud, la abolición de la trata de negros, petición desoída por la metrópoli, que no estaba dispuesta á perder el buen partido que sacaba de este detestable comercio.

Al redactar en 1788 los representantes de la Unión la Constitución de la República americana, proclamando en ella los derechos del hombre, dice Weber (1) que les impidió quizá el exceso de patriotismo proclamar la consiguiente abolición de la esclavitud, cuya institución estaba en abierta oposición con los principios proclamados, esperando acaso que el tiempo y la civilización hicieran naturalmente lo que ellos no podían hacer sin grandes trastornos. Pero con razón se dice que los hechos más pequeños traen consigo grandes consecuencias, pues mientras en 1790 había allí poco más de 600.000 esclavos, en 1860 había más de cuatro millones, y la causa de este aumento prodigioso fué la invención de la famosa máquina de limpiar algodón, la cual hizo el trabajo humano muy productivo y estimuló á los propietarios á aumentar su ganado humano. Mr. Bigelon dice que la invención de esta máquina modificó la opinión pública en los Estados productores de algodón, y mientras los del Sur olvidaban que eran los que apoyaron en 1787 el decreto que excluía la institución de la esclavitud del territorio situado al Noroeste, se hacían esclavistas acérrimos, y los Estados del Norte, que sacaban poco partido de sus esclavos por las condiciones del país, los vendieron á sus hermanos del Mediodía y comenzaron á hacerse abolicionistas. Pero la lucha que se entabló entre unos y otros, sostenida primero de palabra y por escrito y luego por las armas, no tenía miras comerciales, como pudiera suponerse, sino más bien de rivalidad política, que fué luego sustituyéndose por sentimientos filantrópicos y desinteresados que se revelaron en 1831 en *El Libertador*, primer órgano de los abolicionistas, fundado

(1) Véase su *Historia contemporánea de 1830 á 1872*, de donde tomamos estas noticias.

por Garrison. El triunfo del Norte traía naturalmente consigo la abolición de la esclavitud, pues el Norte representaba en esta guerra á la mayoría de la nación, y pudo con justísimo derecho hacer que desapareciera de aquélla una institución que era una mancha deshonrosa para un pueblo que estaba en todo lo demás á la altura de los más civilizados. No obstante, se ha discutido mucho acerca de si la guerra civil separatista de los Estados Unidos, de 1861 á 1865, fué producida realmente por la cuestión de la abolición de la esclavitud, ó fué más bien preparada por las tendencias proteccionistas de los Estados del Norte y los librecambistas de los Estados del Sur, lo cual no ha faltado quien lo defienda. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, concluída la guerra, fué abolida la esclavitud por ley de 1865, no sin que este triunfo costara á los Estados del Norte la pérdida de su Presidente Lincoln, que murió asesinado. El eminente tribuno D. Emilio Castelar, en uno de sus más inspirados discursos, describe de mano maestra la colosal figura de aquel ilustre abolicionista; hé aquí un fragmento del párrafo en que nos pinta su carácter: «...el leñador, el navegante, el hijo del gran Oeste, el heredero de los cuákeros; humilde entre los humildes en su conciencia, grande entre los grandes ante la historia, sube al Capitolio, la mayor altura moral de nuestro tiempo, y sereno y fuerte y valeroso con su idea, teniendo enfrente los ejércitos más disciplinados del mundo, y á la espalda Europa enemiga, Inglaterra inclinándose al rebelde Mediodía, Francia preparándose á la reacción de México, y en las manos un Gobierno roto y deshecho, arma dos millones de hombres, reúne medio millón de caballos, hace andar á sus cañones mil doscientas millas en siete días, desde las orillas del Potomac hasta las orillas del Tennessee; traba más de seiscientos combates en línea, renueva sobre Richmond las hazañas de Alejandro en Oriente ó de César en Occidente; y emancipados á tanto esfuerzo tres millones de siervos, para que nada le faltase, muere mártir en el momento mismo de la victoria, muere como Cristo, como Sócrates, como los redentores, al pie de su obra, de aquella obra indispensable á todo humano progreso, sobre la cual

derramará eternamente la humanidad sus lágrimas y Dios su bendición».

Para hacer más eficaz la represión de la trata, Inglaterra promulgó una nueva ley en 5 de Agosto de 1873. Portugal, que había abolido la esclavitud en su territorio continental en 1873, declaró libres en 31 de Octubre de 1874 á todos los emancipados que se encontrasen en las islas de Cabo Verde, y por ley de 3 de Febrero de 1876 abolió completamente la esclavitud en sus provincias del golfo de Guinea; por decreto de 25 de Febrero de 1877 quedó abolida la esclavitud en todas sus colonias, disponiendo la emancipación de los esclavos para fin de 1878 (1). Como se ve por estas ligeras indicaciones, Portugal fué suprimiendo gradualmente y sin interrupción la condición servil en sus territorios, hasta que consiguió abolir por completo en ellos la esclavitud. La Reina de Madagascar ordenó por proclama de 2 de Octubre de 1874 que fuesen declarados libres todos los esclavos importados en la isla, después del tratado estipulado con Inglaterra en 1865.

En cuanto á España, fundóse en los últimos tiempos del reinado de D.^a Isabel II la Sociedad abolicionista, en la que tuvo una parte muy principal el Sr. Labra. Los trabajos hechos por los ardientes defensores de la libertad del esclavo lograron que se convocara la Junta de información y reforma para que diera su dictamen acerca de la esclavitud antillana; los informadores y representantes comisionados por Puerto Rico pidieron á una la simultánea, inmediata, inevitable abolición de aquella inhumana institución, y hay que hacer constar, para eterna memoria de los autores de aquel dictamen, que todos los comisionados eran propietarios de negros, y no vacilaron en pedir la abolición de la esclavitud, con organización del trabajo ó sin organizarlo, con indemnización ó sin ella. Pero tan laudable propósito no pasó de proyecto por entonces, y fué preciso que vinieran los tiempos en que imperase la democracia para que ésta, con generosa

(1) Véase *Annuaire des législations étrangères*, 1876, pág. 619, y 1877 página 430.

mano, concediera la libertad á los que en las Antillas continuaban en la servidumbre.

El Sr. Moret, en el segundo período de la Constituyente, presentó en el Congreso los primeros proyectos para acabar con la esclavitud; pero solicitaba su abolición gradual, y los que eran radicales en estas materias proclamaron la abolición inmediata y simultánea, y el Gobierno que en 1873 presidía el Sr. Ruiz Zorrilla tuvo la gloria de presentar el proyecto de ley de redenciones inmediatas para Puerto Rico, puesto que era imposible implantarle en Cuba, por estar estragada por la guerra civil.

A pretexto de que tal medida era una imposición de los Estados Unidos, bajo la amenaza de arrebatarnos las Antillas si no se decretaba, y otras calumnias entonces divulgadas, el proyecto no se aprobó. Pero proclamada la República el 11 de Febrero del año siguiente, antes de que se suspendieran las Cortes, el Sr. Castelar, con uno de sus inimitables discursos, pudo conseguir que se votara por unanimidad la ley que redimía al esclavo, rompiendo sus cadenas, y el 22 de Marzo de 1873 quedó abolida la esclavitud en Puerto Rico (1). Conseguido este triunfo, sólo faltaba aguardar á que se presentase ocasión favorable para la extensión del decreto á la isla de Cuba. No tardó en llegar tan ansiado momento, y en el segundo Congreso que reunió la Restauración, siendo ministro de Ultramar el Sr. Albacete, se hizo extensivo á la Gran Antilla lo hecho en Puerto Rico, y no quedó un solo siervo en los dominios españoles. Como indemnización á los propietarios, se estableció un patronato más ó menos duro, que no tardó en desaparecer.

De los países cultos, sólo el imperio del Brasil conservaba aún esclavos en su territorio, y cuando con motivo del pasado Jubileo sacerdotal de León XIII todas las naciones se apresuraban á enviarle ofrendas tan espléndidas como valiosas, el prelado de Olinda dirigía á sus diocesanos una notable pastoral en que, lleno de unción evangélica, les dice:

(1) En el salón del Congreso se ha puesto en Marzo de 1895, al pie del reloj, una lápida de mármol blanco con letras doradas, con la inscripción que arriba subrayamos, como recuerdo de aquel hecho memorable.

«¿Queréis hacer á Su Santidad una ofrenda digna de él y digna de vosotros? Si buscáis lo que más agrade al Padre Santo, nada más meritorio que el que concedáis la libertad á vuestros esclavos, y así podréis elevar á los pies del Papa, al mismo tiempo que vuestra felicitación por su Jubileo sacerdotal, el acta en que consten los nombres de esos seres que son vuestros hermanos, y á los que tenéis privados de la libertad, contra lo que manda Jesucristo, y á los que se la devolveréis en nombre del Pontífice León XIII». Idea tan noble fué aceptada, y desde 1888 quedó abolida la esclavitud en el entonces imperio brasileño.

Se ha logrado por fin que desaparezca para siempre de entre los pueblos civilizados la esclavitud; pero consérvase todavía en el suelo africano, y para procurar su abolición y la represión de la trata, el cardenal Lavigerie, Arzobispo de Argel y Cartago, recorrió hace poco tiempo las principales cortes de Europa, allegando recursos y buscando auxilios, con objeto de impedir que continúe en Africa tan bárbara situación; y si esto pudiera conseguirse algún día, se habría realizado una de las empresas más gloriosas y humanitarias de todas las concebidas por el genio civilizador de las actuales sociedades.

* * *

Cerca de diez y nueve siglos han transcurrido desde que el Divino Maestro predicó la libertad, la igualdad y la fraternidad hasta que estos principios han sido consignados en los Códigos; desde que el espíritu amplio y humanitario de los estoicos penetró en el derecho antiguo, la esclavitud de Roma comenzó á vacilar sobre su base de crímenes, y cuando el Cristianismo empezó á extender sus salvadoras doctrinas, aquella institución abominable principia á decaer y á transformarse, hasta que con la influencia germana se convierte en servidumbre de la gleba, desapareciendo casi por completo la esclavitud personal en la Edad Media. Seis siglos se necesitaron para transformar la esclavitud en servidumbre; modificóse ésta insensiblemente, pero sus últimos

vestigios resistían al poder de los tiempos, y cuando ya iba desapareciendo, mercaderes inhumanos que, según frase del Sr. Castelar, nacidos en el feudalismo, no podían entender ni proclamar el principio cristiano de la igualdad entre los hombres, introdujeron los esclavos y la esclavitud en América, donde el sistema prohibitivo, la codicia de oro, la triste ausencia del trabajo libre consolidaron y robustecieron esta maldita obra de perdición. Ya hemos indicado en otro lugar que desde sus comienzos reprobaban los Romanos Pontífices la trata de negros, y Gregorio XVI, en 3 de Diciembre de 1839, condenó como *ilícito y absolutamente indigno del nombre cristiano* el comercio de negros, mandando que *ninguna persona laica ni eclesiástica se atreva á defenderlo como lícito bajo ningún pretexto, ni en público ni en privado*. Afortunadamente, los Estados secundaron la acción de la Iglesia, y la esclavitud, mal de los males é iniquidad de las iniquidades, según expresión del célebre Guizot, ha dejado de ser afrenta de las naciones cultas, que han presenciado el triunfo completo y asegurado de la libertad humana.

De un modo sumario hemos presentado la historia de la esclavitud desde sus orígenes hasta su extinción, enumerando las vicisitudes por que ha pasado en los pueblos más importantes; para completar el presente estudio, indicaré algunos de los autores que han publicado obras relativas á esta interesante materia. Cons. Burigny escribió la *Première mémoire sur les esclaves romains*, que fué insertada en las *Mémoires de l'Académie des Inscrip et Belles Lettres* (tomo XXXV, páginas 338 y siguientes), en la que refiere, entre otras cosas, las crueldades que los esclavos sufrían de sus despóticos señores. Eduardo Biot compuso una memoria *Sobre la abolición de la esclavitud antigua en Occidente*, que fué premiada en 1838 por la Academia de Ciencias Morales de París, en cuyo trabajo hay reunidos muchos hechos y está demostrada la gran influencia que tuvo el Cristianismo en la transformación de tan gran parte del pueblo. Cons. Wallon publicó en tres volúmenes (París, 1847) su *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*. Algunos años antes había escrito en París (1841) el abate Théron su obra *Le Christianisme et l'esclavage*, y con la

misma mala fe que él, compuso Patricio Larroque su libro acerca *De l'esclavage chez les nations chretiennes* (París, 1864, segunda edición); pero las falsas aserciones de este último fueron impugnadas, entre otros, por su compatriota Cochin en su trabajo titulado *L'abolition de l'esclavage*.

Enfrente de la opinión de los que sostienen que por la influencia germana la esclavitud se convirtió de personal en real, está Yanoski, que reivindicó para el Cristianismo aquella gloria, demostrándolo con razones evidentes en su obra *De l'abolition de l'esclavage ancien au moyen âge et de sa transformation en servitude de la glebe* (París, 1860). Potgiesser escribió un tratado *De conditione servorum*; Thierry una *Historia del tercer estado*, y Naudet un trabajo acerca *del estado de las personas en Francia bajo los reyes de la primera dinastía*, que fué publicado en las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras (tomo VIII, pág. 435). C. F. Rumhor, en sus *Orígenes de la manumisión de los colonos en Toscana* (Hamburgo, 1830), insertó documentos que dan mucha luz sobre la condición real y la personal en los siglos XII y XIII.

La trata de negros que, según expresión de Roberto Peel, es la *negación de todas las leyes divinas y humanas*, ha sido estudiada por ilustres escritores que nos han dejado obras importantes acerca de ella; en los Congresos se han pronunciado discursos elocuentes pidiendo la supresión de aquella infamante institución, y todavía parece que vibra en nuestros oídos la arrebatadora palabra del eminente tribuno señor Castelar que, en unión de otros insignes oradores, sostuvo en el Parlamento español la justa causa de la libertad, y no descansó hasta que obtuvo que por unanimidad se aboliera la trata en la Pequeña Antilla.

Citaremos entre otros autores extranjeros á Gustavo de Beaumont, que escribió *Marie ou l'esclavage aux Etats Unis; App., Note sur la condition sociale et politique des negres* (París, 1835) y Largent, que reunió varios documentos relativos á la trata en su obra *Les Etats confédérés et l'esclavage* (París, 1864).

Por último, mencionaré la *Histoire de l'esclavage* que com-

puso A. Tourmagne, y fué impresa en París el año 1880, constituyendo un volumen en 4.º

Si fuera á citar todos los trabajos que acerca de la esclavitud se han escrito, tendría que dar mayor extensión al presente estudio de lo que se acostumbra ordinariamente, y como no pretendo formar aquí una bibliografía de lo que se refiere á este particular, doy por terminada la tarea que me había propuesto.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

APÉNDICE

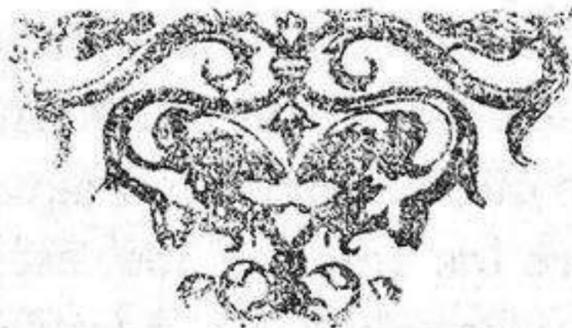
Refiriéndose á Grecia, dice Lamennais (1): «Ved esa Grecia tan culta; no se hablaba en ella más que de independencia, y sus campiñas estaban repletas de esclavos; se encadenaban naciones enteras á la estatua de la libertad». Los poemas homéricos nos demuestran que ya en los tiempos heroicos existía en Grecia la esclavitud, aunque no se hallan en ellos vestigios de que se hiciera un comercio regular de esclavos. Ateneo (2) refiere que los habitantes de Chíos fueron los primeros que compraron seres humanos para venderlos, pero que los dioses castigaron aquel atentado con una guerra horrible entre los amos y los esclavos. En la edad heroica, la guerra y la piratería bastaban para proveer á Grecia de esclavos, pero la costumbre de rescatarlos disminuyó su número; y como, según dice Laurent (3), su utilidad aumentaba con los progresos de la civilización material, fué preciso buscar una nueva fuente de esclavitud, y se la encontró en los países bárbaros, donde, en medio de la pobreza, crecían generaciones numerosas y fuertes; entonces empezó á desarrollarse aquel tráfico escandaloso de carne humana, cuyos principales agentes eran los fenicios, y como

(1) *Essai sur l'indifference*, cap. X.

(2) VI, 68, 91.

(3) *Estudios sobre la historia de la humanidad*, traduc. española. Madrid, 1879, fol. Véase el tomo I, part. II, lib. III, cap. IV, págs. 373 á 376.

la inmensa mayoría de aquellos infelices eran extranjeros, si este hecho favoreció de algún modo la mezcla de diversas naciones cuyos individuos se conducían á los mercados, sirvió en cambio para dar á la servidumbre el carácter de una diferencia de raza, estableciendo una división entre griegos y bárbaros, que recuerda las castas tan famosas de la India, y que impidió á la culta Grecia tener conciencia de la unidad y fraternidad humana. Pero no puede menos de reconocerse un progreso á favor de la esclavitud desde los tiempos heroicos á los históricos, pues mientras el derecho consideraba al esclavo como una máquina, de hecho se le trataba como un hombre.





ANTE LA ALHAMBRA

Todo mudo, desierto, triste y frío...
¡Como un edén vacío!

.....
Ya no se ven allí, cual siglos antes,
en las blancas alhenias peregrinas,
ni viriles cabezas con turbantes
ni cinturas con armas damasquinas.
¡Ni se ve en los verjeles
ondulación de mantos y alquiceles!...
Ni, soñando en guerreras excursiones,
cruzan ya los salones
los soberbios emires,
ni en retirados puntos,
meditando en los públicos asuntos,
inclinan ya sus frentes los visires.
Ni la odalisca de mirar lascivo,
abandonando el mágico retrete,
va á recibir un ósculo furtivo
bajo el palio de encaje del templete.
Ni se ve al alfaquí, que noche y día
su espíritu abismaba en la lectura
de esa ciencia que llaman teología,

y que ofrece la rara anomalía
de tratar de la luz y ser obscura.
Ni cuelgan de la mágica arquería
las ricas jaulas de dorados hierros,
primorosos encierros
donde hallábanse presas
tórtolas siberianas,
gorjeadoras, alondras africanas
y enlutadas palomas japonesas.
Ni en las *takas*, aéreas hornacinas
en que el yeso parece
tomar la vaguedad de las neblinas,
se encuentran ya los jarros de colores,
hidrópicos de aguas cristalinas
ó empenachados de lascivas flores,
ni ya se escucha al pie de la muralla
cómo en la zambra, en impresiones rica,
el crótalo repica,
gime la guzla y el adufe estalla.
Ni en las blancas tarbeas
de suelo de alabastro y techo de oro
bailan ya las alcmeas,
encendido el aliento entrecortado,
hiriendo ante el emir, extasiado,
con sus pies juguetones las alfombras,
arrojando en el muro alicatado
la epiléptica danza de sus sombras;
ojerosas, aladas y vibrantes,
mitad huríes y mitad bacantes,
haciendo al ronco son de la pandera,
con su cuerpo turgente,
desperezos felinos de pantera
y zig-zags sigilosos de serpiente!...
En tanto que el ambiente
enturbiábalo el humo que esparcía,
quemada en pebeteros de ataujía,
la sofocante mirra del Oriente.
Ni en la estancia secreta,

cuyos muros parecen filigrana,
se vislumbra la esbelta silueta
de la regia sultana,
que, paseando con febril anhelo,
impaciente y fulgúrea como el rayo,
con la tristeza de quien cubre un cielo
se envuelve en blanco velo
como en nieblas el sol y en lirios Mayo,
ni á través de la espesa celosía
se filtran los estruendos de la orgía,
en ese instante de brutal exceso
en que canta, borracho, el libertino,
y estalla el chiste y espumea el vino
y se enrosca el brazo y cruje el beso.

Tan sólo sigue igual la sierra osada
que á lo lejos se yergue
de perdurables nieves empolvada.
Cordillera de cúspides gigantes,
montaña inmensa que hacia el cielo sube,
y adonde siempre llegan jadeantes
el águila y la nube.
tan alta ya, que en la mitad del día,
cuando derrama el sol su clara lumbre,
se ve desde su cumbre
toda entera y de golpe Andalucía.

GONZALO DE CASTRO.





LA GUERRA Y NUESTRAS GUERRAS ⁽¹⁾

I

¿Cómo deferir y satisfacer á la carta del Sr. Maura?... Eso pensaba yo pocos instantes después de haber recibido aquélla, y contemplando en vano las blancas cuartillas que debían servirme como primera materia para llevar á cabo mi tarea. Ciertamente que estos señores, cuando ocupan una de esas presidencias, y desde ella se dirigen por escrito á muchas personas, obedecen, más bien que á su iniciativa espontánea, á la indicación de sus secretarios ó auxiliares, los cuales, formando listas (no siempre acertadas y oportunas), ponen á su firma las cartas correspondientes; de modo que en este caso, valga el ejemplo, probablemente D. Antonio Maura ni aun sabrá que existe un modesto jefe del ejército nombrado Leopoldo Barrios, ni mucho menos se habrá percatado de que él le ha escrito una carta llamándole nada

(1) Por haberse recibido con retraso no se incluye este notable trabajo en el hermoso *Album* que prepara D. Antonio Maura con objeto de que su venta proporcione recursos que alivien las muchas desgracias que ha ocasionado la explosión de Palma de Mallorca.

El artículo del exgobernador de la Habana, publicista de mérito y jefe de Estado Mayor, D. Leopoldo Barrios, es digno de atenta lectura y más en los momentos actuales.

(N. de la R.)

menos que ¡publicista militar, y contándole entre las *personas notables*! Prescindiendo, pues, del indiscreto cuanto amable amigo, que sea quien fuere lleva su afecto hasta tan bondadosa exageración, hubiera podido yo dar la callada por respuesta, en la convicción firmísima de que nadie, incluso el ilustre firmante de la carta, me echaría de menos. Pero en este asunto media una circunstancia, y es que si bien el Sr. Maura no se habrá acordado de mi pobre personalidad, tampoco habrá podido vislumbrar que tiene en mí uno de sus más vivos y entusiásticos admiradores. Y eso, aunque no me costaría gran cosa el demostrarlo, habré de guardarme muy mucho de ello, para que este escrito no parezca cosa distinta de lo que es, tanto más, cuanto que esa *cosa distinta* nunca he sabido hacerla, y todavía me sería más fácil patentizar esta última ignorancia. Lo que sí se desprende fácilmente, á lo menos sé decir que yo desde luego sabría colegirlo siguiendo la pauta de mis inferencias morales, será la obligación contraída ante mi propia conciencia de utilizar cuantas ocasiones se me ofreciesen para transformar aquel respeto y consideración, hasta el presente poco menos que platónicos, en manifestación efectiva, prestando mi concurso, siquier sea en escala tan insignificante como la actual. Hé aquí de qué manera el compromiso de mi colaboración, dejando aparte mi agradecimiento al amigo que me haya incluido en lista, viene á ser un compromiso subjetivo, digámoslo así, no por eso menos respetable según mi entender, y no por eso menos obligatorio.

II

Decidido á ensayar el esfuerzo, puesto que no sea publicista ni notable ni nada de eso en cien leguas á la redonda, quedábame el difícil problema de la elección de asunto, negocio asaz aventurado para aquel que no abordara jamás el campo de la literatura amena, y bajo esta calificación se me antoja comprender ahora todo lo que es cuento, novela corta, anécdota, relación, referencia chispeante y además,

en suma, toda clase de formas poéticas. Por una porción de razones no sería ésta la ocasión más adecuada y propicia para ensayar nuevas vías, quien apenas salió del género técnico ó doctrinal. Bien se comprende eso recordando tan sólo el tristísimo episodio que motiva la publicación actual y el rastro de contrariedad y enorme pesadumbre bajo la cual se escribirán probablemente todas estas páginas al contemplar la prolongación desesperante de esa dolorosa y sangrienta herida que se llama «insurrección de Cuba». El desastre que hoy lloran los mallorquines tuvo su origen en el último aprovechamiento de los pertrechos de guerra; que si ésta y esos no existiesen, no se habría producido la catástrofe deplorada. Al propio tiempo no puedo, no podemos libertar nuestro ánimo de la presión constituída por la contienda nacional que á todos nos preocupa. ¡Qué mucho, pues, que en mi mente se relacionasen juntamente las dos ideas bajo el título que encabeza estas cuartillas, «La guerra y nuestras guerras!»

Dicho se está que el desarrollo de semejante tema requiere un libro; mas como yo no puedo, ni debo, ni intento excederme de una docena de cuartillas, infiérese que únicamente pretendo estampar algunos pensamientos sueltos, algunas notas, unas pocas ideas de las muchas y muy relevantes que el asunto merece. ¡Ojalá que el ilustre exministro que figura á la cabeza de esta noble tarea llegase á fijar su vista en mis pobres renglones! Estoy seguro de que en su poderosa inteligencia fructificarían las indicaciones que hago bien así como las propias semillas producen, según la índole del terreno en donde arraiguen, ó el espléndido *baobal africano*, ó el *arbo gigantea* que Tartarín de Tarascón «tenait à l'aise dans un pot de réséda» (1).

III

¡La guerra! ¡Cuán manoseado resulta hoy el concepto de su necesidad fatal y de su intervención constante en el so-

(1) *Tartarín de Tarascón*.—Alphonse Daudet.—París, 1889, pág. 3.

berano concierto del universo! No pretendo insistir en tal demostración, por más que nunca se repetirá bastante; pero sí, me detiene el temor de no aumentar un quilate á los juicios abundantes y sentenciosos harto conocidos que en general reposan sobre los conceptos de Proudhon y de Hegel, confesaré que no acierto á prescindir de las últimas líneas de un libro de Sumner-Maine recientemente traducido al castellano, *La guerra según el derecho internacional*. Bien se ve que el autor no es por cierto de los que gozan fama de belicosos; quizás pudiera ser tachado en el sentido contrario, y desde luego la obra obedece toda ella á esa tendencia pacífica; mas la clarísima inteligencia y el profundo sentido práctico del autor, no permitiéndole remontarse á delirios fantásticos que pugnen con la realidad de la vida, le impele á escribir como digno remate el siguiente párrafo final (1):

«La guerra es un mal demasiado gigantesco y demasiado antiguo para que haya probabilidades de que ceda á una panacea, y menos á una sola panacea. Hasta me atreveré á decir que las presunciones van fuertemente en contra de todo tratamiento sistemático que se jacte de concluir con ella de una manera pronta y radical; pero á ejemplo de esas terribles conflagraciones con las cuales se la ha comparado...»

Ésta es en puridad la situación de las cosas: ¡terrible, deplorable, lamentable, cruel, odiosa, merecedora de anatemas! La guerra es, con todo ello, tan inevitable como funesta, tan fatal como incontrastable. Desdichadamente, nos hallamos muy lejos de encontrar remedio para ella. No obstante, reconociendo el hecho de su existencia, no puede eso significar que dejen de encaminarse todos los esfuerzos civilizadores hacia el objetivo de la supresión y extinción de la guerra ó de la suavización posible de sus resultados y relativas perturbaciones. No se piense deducir incompatibilidad entre los dos conceptos, ó bien que la existencia del primero transforme en paradójica á la aspiración del segundo; no, no hay tal: esa última supone una finalidad más ó menos le-

(1) *La guerra, según el derecho internacional*, traducción de *La España Moderna*.—Madrid, pág. 204.

jana, á la cual debemos encaminarnos aun cuando la juzguemos irrealizable por entero. Si se me permitiera el símil, diría que acaece en esto lo propio que con las cantidades inconmensurables en matemáticas: «pueden aproximarse al límite tanto como se quiera, sin llegar á coincidir con él jamás». Y obsérvese que no acontece otra cosa en los diversos progresos del orden sociológico. Las ciencias médicas pretenden, si no hacer al hombre inmortal, por lo menos contrarrestar toda clase de enfermedades, y aun sabiendo que jamás han de ver completamente logrado semejante ideal, proceden en sus desarrollos inmediatos con ese único norte. La industria, tomando otro ejemplo, semeja encaminarse á prescindir de la intervención directa de la mano del hombre, reemplazándola por máquinas, y con decidido paso á tal estado de cosas tiende, aunque ingenieros industriales, fabricantes y operarios guarden la profunda convicción de no alcanzar nunca y por entero ese límite. Nada tendrá, pues, de extraño el que los políticos, los filósofos, los hombres de gobierno, los diplomáticos y hasta los guerreros, considerando la guerra como un hecho, como un fenómeno inexcusable é inextinguible, piensen juntamente en hallarse apercebidos y dispuestos para sostenerla; pero al mismo tiempo, en dirigir y converger sus esfuerzos hacia la extinción de ella, límite social de una cantidad inconmensurable que podrá aproximarse indefinidamente á él sin coincidir nunca.

IV

Recapitulemos, pues: la guerra existe y existirá por mucho tiempo como fenómeno histórico, sociológico, desdichado y terrible; no sólo es forzoso reconocer su existencia, sino que además los Estados, en su concepto de entidades sociológicas, deben hallarse constantemente apercebidos para mantenerla fructuosamente, de igual modo que el individuo debe encontrarse siempre en disposición de proveer á la conservación de su vida, y con tanta mayor eficacia, cuanto más se avecine el riesgo ó se acentúe el peligro, disminu-

yéndose las probabilidades de auxilio extraño. Fuera aparte de la aspiración teórica que se encamine á extinguir ó disminuir en cuanto sea factible la conflagración armada, bien se colige que el medio más seguro de sostenerla con ventaja, y hasta de evitarla en la mayoría de los casos, consiste en disponer de elementos valiosos y suficientes para su ejecución, no sólo por lo que atañe al número, que al fin éste se eleva prontamente, sino por lo que concierne á su calidad. Así, no piense el que me lea que va á encontrar en mí un impugnador fanático de lo que se llamaba hace poco, y con cierto aire burlón, «El presupuesto de la paz»; no, todas las exageraciones son viciosas, y es claro que si en aras de esa economía pacífica se priva á la Nación de sus elementos de defensa, se cometerá un yerro tan enorme como el de aquellos que pretendían á toda costa imponer al país una carga superior á sus fuerzas, so pretexto de proveer á la defensa de sus intereses, sin comprender que por esa vía adelante llegaría un momento en que el país no tuviera ya intereses que defender (refiérome á intereses materiales, pues aunque los morales siempre subsisten, sabido es que corren cierto paralelismo con los otros, que al par les sirven de norma y medida). En el justo medio estriba, pues, la verdadera dificultad de esta cuestión, como de otras muchas. Pero ¿dónde reside la mitad (ó acaso las tres cuartas partes) de la virtualidad de ese justo medio? Ya lo he anunciado y no temo equivocarme: en *la calidad* con preferencia á *la cantidad*. Qué multiplicidad de aspectos toma esa *calidad*, no he de apuntarlo ahora, ya porque mis lectores los adivinan en su mayor parte, ya también porque me saldría fuera del tema elegido. Cuartillas y más cuartillas fuéranme precisas para entresacar algunos de los principales relieves del problema. No hay que pensar en nada parecido, y la frase que sirve de encabezamiento á estas páginas dice bien claro que sólo pretendí examinar una faceta de la cristalización, no se si la faceta más importante, pero desde luego una de las más importantes.

V

Si la guerra es un fenómeno sociológico engendrado por la actividad humana, debe estar sujeto á las mismas apariencias y accidentes de los restantes fenómenos de ese linaje. El estudio de las crisis económicas, de las instituciones políticas, de los funcionamientos judiciales, suele hacerse en abstracto como patrón general; pero en el examen y análisis de todos esos diferentes episodios humano-sociales forzosamente hay que atender á su estructura y concreción; de modo que, así como dijo un médico insigne que no había *enfermedades*, sino *enfermos*, así también en los susodichos episodios humano-sociales, de variadísimo linaje, puesto que se clasifiquen y determinen en las correspondientes cuadrículas, importa mucho la caracterización de cada cual, ó de cada cuales, obedeciendo á distintas y homólogas contingencias que les sirvan de causa eficiente.

En resolución, aunque en los centros escolares se proceda al estudio de la guerra bajo formas generales y abstractas, digo y sostengo que tal procedimiento podrá, cuando más, servir como estudio preliminar, factor común, digámoslo así, susceptible de ser utilizado únicamente cuando partiendo de ello se descienda al análisis concreto de las modalidades bélicas, cuya ejecución práctica deba ofrecérsenos probablemente en el terreno de la realidad.

No se piense tampoco que planteo de tal guisa una adivinanza: no es muy difícil tomar en cuenta las circunstancias de un momento histórico y los restantes elementos que con su influjo señalado determinan ó alejan las probabilidades en favor de los casos pertenecientes á tales especies, llegando hasta anular las contingencias de otros, ó cuando menos á presentarlas tan remotas que no vale la pena de ocuparse en ellas. ¿Quién duda que la hipótesis de que nuestros ejércitos hubiesen de reñir batallas en la Silesia Oriental ó en las llanuras de Finlandia sería hoy por hoy una probabilidad rayana en el absurdo? Empero no es enteramente

imposible, y puede argüírseme con el testimonio de la expedición del Marqués de la Romana; mas la propia naturaleza del caso denuncia la imposibilidad casi absoluta de reproducirse en la actualidad. Lo mismo que he referido con relación al teatro geográfico, puede aplicarse á las condiciones políticas, históricas, étnicas, etc., etc., de tal manera que se obtenga la eliminación de ciertas probabilidades, la disminución de otras y el aumento mayor ó menor de algunas.

La exclusiva de calidad á que me refiero en estas páginas no es otra que la especificación de nuestras guerras, según las que hemos sostenido, pongo por caso, en lo que va de siglo, y las que en un plazo prudencial se avecinan, como producto de los factores actuantes y del proceso evolutivo que estamos contemplando desarrollarse.

VI

Si tomamos el período de tiempo aludido, á saber, desde principios del siglo actual, y además nos ceñimos á la división puramente técnica profesional, dejando para después la caracterización política, no vacilaré en afirmar que desde la guerra de la Independencia todas nuestras campañas, cuál más, cuál menos, corresponden á las que en arte militar se denominan «guerras irregulares». La guerra de la Independencia, si bien en la participación de las tropas inglesas presentó fisonomía «regular», en los elementos españoles que siguieron esa misma pauta regular, aparte de que fueron en número relativamente escaso, sólo obtuvieron resultados negativos. En cambio los factores de la lucha irregular, los guerrilleros, nos proporcionaron efectos tan evidentes, que no puedo renunciar á reproducir una cita hecha por el General Arteche (1), procedente del coronel prusiano Schepler, que tomara participación en la campaña sirviendo en el ejército inglés.

(1) *La guerra de la Independencia bajo su aspecto popular*, por el General D. José Gómez Arteche (de la Academia de la Historia), pág. 35.—Barcelona, 1888.

Dice así:

«Se reconocerá fácilmente la eficacia de las guerrillas en Castilla y Navarra para las campañas de Wellington, porque si no hubiera sido bastante mayor de lo que los franceses y los ingleses pretenden, Massena habría contado con 18.000 hombres más, que en Fuente Aguinaldo hubieran decidido el éxito á su favor.»

Por no alargar demasiado la cita, omito las razones que prosiguen, las cuales completan la probanza del efecto atribuído y producido. Así, no es extraño que el ilustre General académico, á pesar de achacar no pocas deficiencias á la acción de los guerrilleros y las guerrillas, prorrumpe algunos párrafos adelante en las siguientes frases, puestas en boca de los descendientes de aquellos héroes:

«Nosotros somos los hijos de aquellos que, á pesar de la miseria y de la ignorancia en que los creíais sumidos, abrieron al coloso detentador de Europa el camino de Santa Elena» (1).

Si la característica verdaderamente útil de la guerra de la Independencia residió en la modalidad irregular, no necesito esforzarme en patentizar que las dos campañas carlistas, la insurrección cantonal, la expedición á Cochinchina, las guerras de Cuba, las de Joló y Mindanao en Filipinas, la que se llamó guerra de África en 1859 60, y otras varias de menor cuantía, como la insurrección de los apostólicos en 1827, no fueron otra cosa que campañas irregulares, presentando ese carácter más ó menos pronunciado, pero sin llegar á salvar la divisoria que determina la clasificación de regular.

Hay más; no sólo las guerras sostenidas en lo que va de siglo pertenecen á la especie de guerras irregulares, sino que demostraría brevemente, si la razón abrumadora de la falta de espacio no me lo impidiese, que el mayor número de probabilidades para lo futuro se relacionan á las campañas irregulares, hasta el punto de que las contingencias de una campaña verdaderamente regular vienen siendo tan remotas, que

(1) El mismo, pág. 40.

pueden estimarse poco menos que aventuradas ó excepcionales, y eso aun suponiendo variaciones en las directrices generales de nuestra política exterior.

VII

Aplicando el criterio técnico profesional, he clasificado la especie de las guerras nuestras, durante el período contemporáneo (pasado, presente y futuro), como *campañas irregulares*, lo cual produce nueva complicación en su estudio concreto, ya que las campañas irregulares, según he dicho más de una vez, ofrecen cada una de ellas aspectos tan heterogéneos que es imposible reducirlas á un común denominador (1).

No es menos interesante la puntualización de nuestras guerras contemporáneas desde el punto de vista histórico, político ó, dígase de una vez, general; pero la tarea es harto abstrusa y espinosa para que pueda aspirar á desentrañarla en el brevísimo espacio de que puedo disponer. Desde luego no debería incluir todas las campañas en un solo grupo ó clasificación, y puesto que á ello se renunciase, todavía se había de pretender la demarcación de aquellas señales, perfiles y caracteres que son comunes á todas, constituyendo así algo á modo de fisonomía típica, suficiente para constituir argumento capaz de deducciones fructuosas y utilizables. Algo parecido á eso pretendiera yo bosquejar, si me lo consintiesen reflexiones de no pequeña entidad y la concurrencia de circunstancias personales, que no se compadecen bien con la insignificancia de mi modesta persona.

No estándome permitido otra cosa que desflorar apenas la cuestión, me limitaré á consignar que efectivamente encontrara en todas las contiendas aludidas una caracterización, que yo llamaría de espontaneidad política, que, sentida con suficiente vehemencia por las masas, arrastrólas vo-

(1) *Importancia de la historia de las campañas irregulares y en especial de la guerra de Cuba.*— Madrid, 1893, pág. 9.

luntariamente á procedimientos anormales, dando generosamente su sangre y su vida, sacrificio admirable que exige el máximo desarrollo del entusiasmo.

Es notorio que la lucha por nuestra independencia engendröse en esos brillantes móviles, con la ventaja de producir un sentimiento común que á todos nos unía, respondiendo al puro y heroico: «el amor de la patria». Eso fué, siu duda, lo que hizo prorrumpir al Capitán del Siglo en las frases:

«¡No bastan los ejércitos para defender á una nación, mientras que una nación defendida por el pueblo es invencible!»

Muy ajeno de establecer comparaciones, y sentando, desde luego, que cualquier sentimiento es inferior al patriotismo, fuerza es reconocer que el entusiasmo, que por dos veces en lo que va de siglo ha logrado lanzar al combate las masas carlistas, merece admiración, ya que no simpatía, y reconociendo su enorme virtualidad no puede olvidarse las palabras de un ilustre autor que he citado en otro de mis trabajos (1):

«Cuando un partido político—dice Bluntschli—persigue la realización de ciertos fines generales, y se organiza en Estado, constituye en cierto modo el Estado mismo...»

Cada vez se me hace más difícil la continuación de este análisis, que á toda costa deseo abreviar. No solamente la extensión desmesurada, sino la delicadeza espinosa de alcanzar en mi análisis luchas todavía demasiado frescas, me impelen á formular el resumen.

VIII

Admitida la existencia de *la guerra* y la constancia de sus diversas modalidades, entiendo que cada país debe atender con preferencia al estudio y examen del lote que, según todas las probabilidades, le corresponde en suerte, analizando

(1) *Calificación de beligerantes y combatientes en las guerras civiles.—Memoria. Ampliación de las conclusiones razonadas.—Madrid, 1893, pág. 24.*

cuidadosamente su linaje, no sólo desde el punto de vista de la ejecución práctica, sino de las circunstancias adyacentes, geográficas, étnicas, políticas, históricas y hasta económicas.

Planteando el problema en cuanto á nosotros nos concierne, puedo aventurarme á decir: 1.º Que nuestras campañas contemporáneas pertenecen, según la técnica profesional, á las denominadas «guerras irregulares», por lo cual debe modificarse la enseñanza escolar militar, que hoy es, por desgracia, demasiado académica. 2.º Que la índole variable de nuestras luchas, casi todas intestinas, ofrece la intervención constante de un factor, si se me permite la expresión, político voluntario, y por ello es indispensable que corra parejas la *acción militar* con la *política*, y aún las veces llevará esa última ventajas á la primera. Esto me serviría de argumentación para la defensa de un concepto que, por no estimarlo pertinente, callo ahora, pero que quizás no tardaré mucho en desarrollarlo debidamente. Empero no dejaré de insistir en la precisa participación de la acción política, como elemento imprescindible para la terminación de las guerras de esa índole, porque si en alguna ocasión parecieron haberse llevado aquéllas á feliz término prescindiendo de los susodichos factores, semejante resultado fuera engañoso espejismo del transcurso del tiempo, el cual, en su lenta evolución, hizo sentir su intervención benéfica que hubiera competido á los hombres con gran economía de sangre y de intereses para la patria.

LEOPOLDO BARRIOS.

Madrid Diciembre 1895.





ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

JUAN JOSÉ

DRAMA DE JOAQUÍN DICENTA, ESTRENADO EN LA COMEDIA
(29 DE OCTUBRE)

Decíamos en el año 1888, con motivo de su primera producción, *El suicidio de Werther*: «Joaquín Dicenta es muy joven, no ha llegado á la constitución definitiva de su carácter dramático, y no hemos de juzgarle por obra impregnada del romanticismo que tanto aplace y se infiltra en los años juveniles», y, al terminar el artículo con un animoso «aplausos obliga», quedamos fiando al tiempo la confirmación de lo en él apuntado.

Ni de *Los irresponsables*, atrevidísima y mal recibida por el público, ni de *Luciano*, que cuenta con geniales arranques y muy agudas notas autobiográficas, quisimos hablar, esperando tranquilos la transformación completa del autor, en quien desde el primer instante habíamos notado estro dramático no común.

En *El suicidio de Werther* soltó lo que tenía en el buche; en *Juan José* nos ha dado lo que tiene en la sangre.

(1) Véase *Acontecimientos literarios*, cuaderno 2.º

Juan José es la obra más importante que ha pisado la escena en estos últimos tiempos; al así calificarla no me refiero á su valor literario, en lo cual está muy por bajo de otras recientes, sino á algo más trascendental y temible: señalo como circunstancia agravante la de haberse representado en el modoso Teatro de la Comedia que, contra sus costumbres de antaño, está funcionando de *Teatro Libre, Theatre Antoine* ó *Independant Theater*.

La duda tiene algo de concesión, el problema mucho de respetuoso; pero en el drama referido entra el amor libre como Pedro por su casa, como premisa corriente; del matrimonio no se habla siquiera, lo cual no obstante, el divorcio, ó rompimiento de uniones ilícitas, resulta terriblemente castigado: un nudo gordiano, pero sin verdadero nudo.

¡Cómo han variado los tiempos! ¡Qué diferencia de criterio en unas y otras naciones!

Estas son las exclamaciones que á cada escena, á cada aparición de personaje, á cada idea más ó menos levantisca, á cada insólito vocablo ocurren al presenciar el drama de Dicenta.

Ayer un estólido y nefasto Padre Carrillo, borrando la palabra *pobre* donde quiera que figuraba en una anodina comedia de Bretón de los Herreros y prohibiendo la representación del *Rodrigo de Gil y Zárate* porque, «si bien es cierto que los reyes han sido frecuentemente aficionados á muchachas, no conviene que se les presente tan enamorados en el teatro»; hoy el pueblo soberano reemplazando lógicamente los antes llamados asuntos regios; el *celo* señoreándose de la escena y único causante de los dramáticos conflictos.

En Londres negándose recientemente permiso para representar *The first step* porque, «si hay uniones ilícitas, es ofensiva su exhibición y perjudicial su ejemplo»; aquí estimándolas como único medio social de propagación de la vida.

No estamos por la previa censura teatral, como tampoco por que el Gobierno mande á toda sastrería un polizonte encargado de ver qué cantidad de ropa se encarga cada individuo para cubrir sus desnudeces, pero entendemos que hay una censura moral flotante y que debiera haber un á manera

de encasillado de teatros ó empresas para que el público supiese á qué atenerse en punto á géneros, suponiendo de antemano dónde hallará obras de color rojo, dónde de color negro, dónde azul («bleu» de los franceses) y dónde verde más ó menos subido.

En tal concepto, la obra de Dicenta no es para la Comedia, y no vaya á creerse que la tildamos de descaradamente inmoral: á modo de las estatuas helénicas, el atractivo de sus bellezas y la misma dejadez y naturalidad con que trata lo peligroso atenúan grandemente su *acritud*. Por su innegable importancia histórico-literaria y en concepto de exactísimo documento social, era el *Teatro Español* su acomodado destino: lo expresamos para que no se vaya á creer que la relegamos á *Novedades* ó cosa así.

El género Hauptmann, á que por sus personas y tendencias claramente pertenece, había intentado en *la de San Quintín*, en *Teresa*, en *María Rosa* y en *El pan del pobre* perforar el tradicional muro de la escena española; pero por lo brumoso del asunto unas veces, por escasez de claridad y precisión otras ó por exceso de tonos judiciales y melodramáticos, no lo había conseguido.

Dicenta se ha impuesto retrocediendo en vez de avanzar ó envolverse en lo enmarañado y complejo; adoptando para seres escénicos nuevos las formas originarias del teatro con sus sencilleces, sus libertades pasionales, sus energías de resolución.

Véase si no el argumento: Juan José *vive* con Rosa, á quien ama; por ella roba y va á presidio; sabedor de su infidelidad, escápase y mata—queriendo hacerlo—al nuevo amante, y á ella sin querer.

¿Cabe sencillez mayor?

Por su arrebató, por su desprecio ó incuria de los deberes que ligan á los demás hombres, el héroe parece de extirpe griega, degenerada por el tiempo y las circunstancias; resultando el conjunto deprimente en vez de elevador, abatiendo el ánimo su pernicioso ejemplo y ofreciendo, en vez de la visión de las cosas divinas del primitivo teatro, la de las casi inhumanas á que quizá por nuestra culpa estamos abocados.

La esencia del arte dramático es necesariamente popular, y los pueblos no se inmutan ya sino ante el cuadro de sus lástimas y estrecheces, se ha dicho el autor de *Juan José*, y ha descendido el nivel del entablonado escénico, enrasándolo con un público que hasta ahora sólo veía sobre él ajenas costumbres. Irrupción de vida real sin vestirla siquiera con el ropaje de la retórica, ni con la guardarropía de siempre, produce en el espectador inacostumbrada sensación y le obliga á pensar en los problemas allí insinuados, en las llagas allí exhibidas, lamentando que el autor, como Zola y como el citado dramaturgo alemán, se limite al método que pudiéramos llamar de *ecce-homo*, sin proponer directa ni indirectamente remedios al mal, antes bien deleitándose en presentarlo á fuerte luz.

El lenguaje subyuga por su naturalidad; con mentidas apariencias de fácil ó hacedero, requiere en el escritor grandosis de observación y hasta de asimilación: lo que más sorprende en él es que no sea prosaico.

Desgarrados de la realidad los personajes también, si se exceptúa el protagonista, que, aunque va con Andrés en busca de *chapuzas* tiene de clásico lo dicho, y mucho de romántico (aquí está el secreto del triunfo de la obra), son verdaderos transportes de lo vivo á lo pintado. El Cano, Toñuela, Rosa, la señá Isidra, el citado Andrés y Paco, parece que, burlando la vigilancia del portero, se han colado en la escena; pocas veces la impresión de verdad se ve tan firme en las tablas, coadyuvando no poco el buen acuerdo de los actores, que, como el autor añejas trabas literarias, han abandonado resabios de tono y ademanes, inspirándose como él en el vividor y vivificante espíritu nacional.

El desarrollo es lento, acompasado, psicológico; se ve pensar á todos los personajes, y la catástrofe fluye naturalmente como el último verso de una estrofa bien hecha.

Toques de romanticismo hemos indicado en asunto que al parecer debiera rehuirlo, y no nos referimos precisamente á la escena entre Rosa y la señá Isidra, que recuerda mucho la análoga de *Don Juan Tenorio* entre D.^a Inés y la mediadora Brígida, sino al héroe, á Juan José.

Como romántico piensa ilógicamente, como romántico obra con desafuero; su desamparo social y su pasión sobrecitada corresponden á la misma escuela.

Si se echó á robar porque Rosa (su arrimada, como se dicen en Valladolid) asqueaba ante el mísero vivir que con sus interrumpidos jornales le ofrecía, tendiendo declaradamente á más encumbrada y aparatosa posición, nunca debió esperar que le fuera fiel durante ocho años de presidio y sin pan que llevarse á la boca; y si la sanción del enlace no era otra que el amor que á ella le profesaba, por igual lógico motivo podía Rosa unirse con Paco, á quien quería más, según expresa, aun dejando aparte el mayor regalo con que le brindaba: todo *sistema* social tiene sus ventajas y sus contrariedades, el del amor libre inclusive.

Hagamos aquí breve descanso para celebrar el talento y dotes dramáticas del autor, que sabe llevar al público—á pesar de lo expuesto—á interesarse por el héroe y á hacer con él causa común, por desheredado de la fortuna, por viril y por hondo en sus quererres; todo se le perdona de primer ímpetu; todo lo que tendríamos por imperdonable en otra esfera social, que se presupone, sin embargo, más relajada y vil que aquella en que se mueve: su teoría de que el hombre debe robar antes que pedir, la constitución de un hogar ó familia sin medios para ello, su ignorancia supina en tiempos en que tan á mano están los primeros conocimientos.

La escena en que lucha por descifrar el sitio de la carta donde dice aquello de «Rosa vive con Paco» y en que se desata en improperios contra los demás por su desconocimiento de las primeras letras, es de efecto teatral y hermosa como símbolo, ó forma exagerada de un hecho cierto; pero atendiendo al mero realismo, vuélvese contra él, que, con despejo no común, conocedor á buen seguro de las cuarenta cartas de la baraja y de otras tantas calles y personas, ha preferido, con su amigo Andrés, pasar los interminables días sin jornal en las ermitas de Baco, cuya apoteosis se hace en la obra, á mal aprender el abecé.

En este punto, y en el de entender lo que es trabajo, manifestándole que no es el único ni el más consumidor

el de llevar ladrillos de un punto á otro, mucho podría y debería decirse á la clase social en que se mueve el drama *Juan José*, sin negar que en otros conceptos que allí se inician, y que Dicenta explanará algún día, está sobradísima de razón y necesitada de mejora.

Quien ha dicho que sobra el cuadro de presidio—fanatizado quizá por los veredictos de los unitaristas—no está en lo cierto; aparte de las verdades que allí suelta *El Cano* (¡bravo por Vallés!) y que constituyen la miga y la carne de la obra, aquel cuadro es la cumbre del Calvario para Juan José; de allí parte, no el perdón, sino la venganza insidiosa, que poco es decir «defiéndete» al que tranquilamente sube una escalera contra enemigo ardiendo en odio y apercebido al ataque; la decoración y los trajes de los presidiarios ayudan con su plasticidad al efecto, y el propósito aparece tomado en el debido lugar; poco fuera que al presentarse en escena Juan José dijese: «He estado en presidio, allí he recibido una carta, etc.» Dicenta ha visto claro y ejecutado bien.

No menos hemos de aplaudirle en las frases finales: ¡qué sencillez tan propia del teatro primitivo, y por ello tan expresiva! «Esto era mi vida y *lo he matao*». Thuillier dice «*la he matao*»; yo prefiero la expresión que pone el autor en el libro impreso: aquél *lo* indica *conjunto* y concuerda mejor con *todo*; dista más de la aquí inútil retórica y se acerca al *thing*, al cariñoso *¡poor thing!* de los ingleses.

Si Dicenta piensa seguir por esta senda—que sí seguirá—no olvide que la escena mejor y más sentida de su obra, la que mayor número de aclamaciones arranca, es la en que el albañil Juan José echa *una de cal y otra de arena*, en que fustiga alternadamente á una y otra clase social, cuando relata los horrores de su niñez y la vil explotación de que era objeto, pidiendo limosna en la vía pública.

MELCHOR DE PALAU.



MARCELA

I

El grato divagar de la mirada
que vuela en todo sin fijarse en nada,
me lleva en plena tarde campesina
llena de aromas, de tomillo y heno
mezclados con esencias de resina,
que gozo á pulmón lleno
más que sentado en actitud supina,
me lleva, digo, con cis-zás alado,
del río al oleaje del centeno;
luego otra vez al río
que, á modo de cristal mal azogado,
refleja como puede un caserío;
luego á un ciprés muy viejo, que dormita
hace un siglo á la vera de una ermita,
y de una mancha gris á un tono verde
y al pinar y á otro monte y á otro monte...
hasta que al fin se pierde
toda noción de tierra,
allá en el horizonte
que una ancha faja de neblina cierra.

Y viendo esa gallarda pincelada
que á veces como un velo se clarea,
y otras se encrespa levantando airada
torbellinos de un algo que blanquea,
poco á poco mis ojos distraídos
acaban por hallarse sumergidos
en ilusión que á cada punto crece,
la magia evocatoria se produce,
y un rasgo que á otro rasgo se parece
todo un tiempo pasado reproduce.

II

La franja vaporosa, cenicienta,
se me antoja ancha vía polvorienta
por donde pasan en visión brumosa
brillantes escuadrones
que van ó vienen yo no sé á qué cosa
y renuevan en mí las emociones
de cierta tarde de París—¡qué frío
causa el mirar tan hacia atrás, Dios mío!
—y veo claramente
á un jinete que cae... mucha gente
que se abalanza, como yo, en su ayuda,
y con achaque de aquel pobre herido
el diablo hizo sin duda
que entre el fajo de manos reunido
para tan bella acción, dos se encontraran,
que estrechando al herido se estrecharan,
y al acabar la escena,
tomando pie de aquella acción bendita,
le dije que era un ángel por bonita
y ángel dos veces por bonita y buena.
Después... nada; chispazos del *flirteo*,
madrigales de punta enrojecida
que encienden las calderas del deseo,
y, entre uno y otro vaso de cerveza,

aquella elegantísima perdida
me llenó de vapores la cabeza,
que duraron... ¡Jesús lo que duraron!
buen alma que esto lees, no te rías,
pues de hogueras así pocas llegaron,
como la mía, á calentar tres días.

III

Confieso sin jactancia
que apenas queda rastro en mi memoria
de la vulgar historia
de aquellos amoríos sin sustancia;
pero también confieso
que aun siendo, como fueron, poca cosa,
de pobre realidad y ningún seso,
todavía á través de la distancia
y envueltos en su niebla misteriosa,
me arrancan sonriente bienvenida
cuando las veo aparecer flotantes;
pues si sombras son hoy, fueron instantes
de carne y hueso de mi propia vida;
latidos de un momento
como tantos que escucha y barre el viento;
borra liviana del tejido humano
que aquí, sobre la palma de la mano,
con un buen cuentafibras de conciencia,
viera aun el más profano .
que es la urdimbre común de la existencia.

IV

Largo rato me abismo y forcejeo
por verla tal cual era, y no la veo
sino á modo de mancha sugestiva
ó esbozo sin dibujo, que revela

con dos brochazos una idea viva.

Su nombre fué Marcela,
y un cierto Apeles de quien fué modelo
le dijo un día que tenía el pelo
del más clásico rubio veneciano,
llegando otros á cantarle á coro
que aquella encarnación de leche y oro
era un sueño viviente del Tiziano.
Y al contar estas cosas que decían,
sus ojazos azules se le abrían
como arcadas que dan al cielo puro,
y en esto sí que juro
que sus dos ojos á la par mentían,
pues con todo su azul y el áureo pelo
que en todo el busto derramaba un velo
con aire de candor que pide palma,
Marcela era, por dentro,
un ser que había puesto en cuerpo y alma
sobre el asfalto de París su centro.

V

Ni entonces fuí cartujo,
ni en regla estoy ahora aunque hice un voto;
mas sabe Dios que si me doy el lujo
de hacer un mal dibujo
con recuerdos de tiempo tan remoto,
es sólo por placer de fantasía,
como hice pompas de jabón un día,
cuando el alma infantil, embelesada,
contemplaba surgiendo de la nada,
del fondo de una gota jabonosa,
un mundo y otro mundo y cien esferas...
que fueron las primeras
lecciones de una ciencia luctuosa;
la ciencia que descubre en cuanto nace
y en esos mundos que el amor dibuja,

la rápida hinchazón de una burbuja
que crece, brilla, asombra... y se deshace.

Así ahora, al recuerdo de Marcela,
no sé por qué será, mas ya me vuelve
el gusto de soplar en la pajuela...
y ver cuál se hincha un mundo y se disuelve,

VI

Un día de los tres de aquella historia
que tan vaga se ofrece á mi memoria,
recuerdo que me dijo

que, aunque ella no soñaba muchas veces,
siempre bregaba con un sueño fijo.

Y esperando escuchar insensateces,
pues sólo de ellas se mostraba ufana
aquella flor de alcoba cortesana,
le dije con empeño

que me contara el persistente sueño,
y ella—No es largo de contar—repuso
—aunque es un sueño raro,

que despierta recuerdo muy confuso,
y en sueños siempre me parece claro.

La cosa, en suma, casi siempre empieza
por sentir mucho fuego en la cabeza,
y á poco siento el fuego

aquí en el pecho y en la espalda; luego,
presa ya de una extraña calentura,

que es tormento divino, aunque rabioso,
el cuerpo se me pone luminoso,

y sueño con locura,

en medio de hormigueos delirantes,

que en todo el cuerpo la erupción fulgura
de un rico sarpullido de brillantes!

VII

—La vida entonces para ti, Marcela,
tu sueño lo revela,
no concede al amor ni un mal latido,
pues siendo lo que amamos
aquello que aun despiertos más soñamos,
en ti sólo ha tenido
los honores del sueño... el sarpullido;
y es cosa que me aflige
—con inocente compasión le dije—
ver que un manojo como tú de flores
que parecen nadar en la poesía,
se aje, tal vez sin despedir ni un día
el perfume ideal de los amores.
Las galas y el encanto que ahora tienes
y el placer por quien tu alma se gobierna,
cuenta que, sin amor, son flacos bienes,
y no ha de ser tu juventud eterna.
—Pues ese mal—interrumpió riendo—
lo tengo ya previsto—y de un juguete
sacó un lindo paquete
donde guardaba, con primor cosidas,
un infierno de fórmulas suicidas,
que me entregó diciendo:
—El día que me canse, y estoy cierta
que no ha de tardar mucho que me canse,
escojo, entre esas mil, la mejor puerta,
y abur ¡y que Marcela en paz descanse!

VIII

Como es el corazón cosa tan buena
cuando el amor su flamear ensaya,
poniéndose más blando que la arena

que dejan las mareas en la playa,
 donde abre cualquier niño
 minas muy hondas, que á capricho llena,
 presintiendo la esgrima del cariño...
 recuerdo que quedó en mi pensamiento,
 como un eco más triste que un lamento,
 la horrible confidencia de Marcela,
 sobrenadando entre la turbia estela
 de aquellos amoríos de un momento.

Siempre veía su gentil silueta,
 revolviendo el maldito formulario;
 y al mirar que escogía una receta,
 un frío extraordinario
 me entraba de repente
 que me perlaba de sudor la frente;
 y ansioso, entonces, revolvía al paso
 todo el caudal de mi saber escaso,
 con afán de encontrar la clave humana
 de aquella que juzgué esfinge tebana;
 pues no me convencía,
 ni me convence hoy día
 —con perdón sea dicho de la ciencia,—
 que baste con llamar *monomanía*
 á un horror como aquél, que bien podría
 ser un hondo problema de concienzal!

IX

Tal vez mis ansias, por mi mal, me llevan
 á vuelos de más fuerza que mis alas,
 y así no es maravilla que se atrevan
 —pidiendo al arte sugestivas galas—
 á emprender seductoras ascensiones
 y locas inmersiones
 por senos de negruras tormentosas;
 y, entreviendo divinos paisajes,
 forcejeen mis manos acuciosas

por rasgar la cortina de celajes
que oculta tanta luz y tantas cosas!
y el fin y cabo de tan recio anhelo,
si el arte me da un beso de consuelo
y á veces á mi vista se descubre
algún jirón de azul que me cautiva,
¡cuántas otras, en cambio, sigue arriba
la gran cortina que mis cielos cubre!

X

Por eso al sojuzgarme aquel arcano
á cuyo fondo con terror me asomo,
quiero hablar lo que siento, y no sé cómo,
y la pluma febril tiembla en mi mano.

Vislumbro oscuridades
cruzadas por fulgores de batalla,
y oigo en un alma, cuando todo calla,
la voz del Sinaí de las verdades.

Callada y sutilmente, sin ruido,
se alza un pasado, para el bien perdido;
y algo vago, sin forma definida,
murmura en el oído
que no merece flores una vida
corruptora después de corrompida.

El dios del corazón queda sin culto;
tan sólo hay luz donde el placer la enciende;
pero allá, muy adentro y muy oculto,
donde nadie lo ve, dormita un duende
que va poniendo hiel en cada beso,
tedio en las noches del placer sin calma,
hartura sin placer en cada exceso
y unos grandes hastíos en el alma.

Y todos esos tedios y vapores
y amarguras, relámpagos y hedores,
y voces del pasado y del presente,
se tornan poco á poco acusadores,
que acusan poco á poco, mansamente;
y cuando, al cabo, el suicidio brota

de ese clamor que en torno al alma flota,
parece que es que el alma del suicida,
al peso del delito de su vida,
oye un fallo espantoso en la conciencia;
y el rayo en que fulgura
no es entonces un acto de locura,
sino acto de razón: una sentencia.

XI

Mas todo ya pasó. La piedrezuela
que el lago hizo vibrar, yace en su fondo;
sepulcro menos hondo
que aquel que, para mí, guarda á Marcela,
cuya visión parece
que, con niebla amasada, niebla ha sido,
y así desaparece
con el soplo fugaz que la ha traído.

Serena ya la mente
de aquel turbio vapor de calentura,
vuelve el lago del alma á su tersura,
y cobra nuevamente
su dulce imperio otra mayor belleza,
que flota en el raudal de poesía
con que despide al día
la tibia noche que á extenderse empieza.

El aura vespertina
va prendiendo cendales de neblina
sobre todas las cosas de la tierra,
con la amorosa mano
de aquel portento del cariño humano
que envuelve al hijo y sus ojuelos cierra.
Y aún vibran en el aire ensombrecido,
acá una esquila, más allá un ladrido,
y ecos de pasos de ignoradas huellas
y rumores de vida indescifrables,
cuando encienden sus luces inefables
en el cielo infinito las estrellas.

M. MORERA Y GALICIA.



LA VERDAD DEMOSTRADA (1)

Consideramos detestable el sistema de arriendos de toda renta pública. Menos mal sería que eso se hiciera por medio de un sistema mixto. Pero así y todo, no siendo opuestos nunca á transacciones en la vida de los pueblos, en principio, por lo menos, merece estudiarse la reforma iniciada por la ley de 12 de Abril de 1887 en cuanto sea fuente de soluciones. Nos referimos ahora á lo que se ha llamado *Sociedades cointeresadas*, por las que el interés particular se puede asociar al general de la Nación, que es lo que parece quiere conseguir con prudencia la Compañía Arrendataria de Tabacos, de cuyo modo se presta á venir en ayuda del Erario público, como el Banco de España presta su valioso concurso al Tesoro, con provecho para ambos.

Seguramente con estabilidad en las instituciones mucho podría hacerse con ventaja para todos. Pero ¿quién pide estabilidad en España, donde un Ministro de Hacienda, por prestigios que le rodeen, no puede tener jamás la seguridad de que será él mismo quien vea liquidado su presupuesto, desempeñando la cartera de su departamento? Fenómeno éste que hace más difícil exigir responsabilidades y

(1) Véase la página 512 de este tomo.

más fácil sorprender á cualquier Ministro de Hacienda que padezca, y no lo sepa, la ceguera de la ignorancia en alguno que otro caso.

Así se demuestran por el mismo Ministerio de Hacienda las imperfecciones de que adolece nuestro sistema tributario; «aunque persevera fiel el Gobierno á sus inquebrantables propósitos de no debilitar el presupuesto de ingresos, *temeroso* de las consecuencias que pudieran desprenderse de reformas poco meditadas de los actuales impuestos». Con cuyas palabras se revela por el Ministro de Hacienda discreción y prudencia, y se dirige por ellas cargo tremendo á los novadores inconscientes, á los grandes caciques que, con suma ligereza, imponen su cruel voluntad; á los funcionarios públicos que no reparan en introducir novedades, y á los políticos que dieron categoría secundaria al régimen de la Hacienda, ó que creyeron que no tenía trascendencia tal ó cual novedad que se introdujese en los presupuestos del Estado.

Otra declaración importante es la de que viene la Administración luchando con verdaderas dificultades para hacer efectivo el ingreso en sus cajas de los arrendamientos de consumos. Problema pavoroso, á cuya resolución podían dedicarse tantos ingenios *peregrinos*, y que con buena voluntad reportarían utilidad al proletariado, acabarían con no pocas acusaciones socialistas y darían al comercio grandes facilidades.

Que las dificultades son invencibles, no está demostrado aún. Y, ó es que el impuesto de consumos grava principalmente sobre el proletariado, dificultando, cuando no impidiendo, que pueda disponer de lo necesario para el sostén de su vida (dándose la razón á Lasalle cuando apoya su argumentación socialista en la teoría de la *ley de bronce*), ó el impuesto de consumos recae más que nada sobre la clase media y la clase con mayores medios de fortuna. En el primer caso, haría bien de utilizar todos los medios el proletariado para lograr su redención económica; en el segundo, dada la importancia de la cuestión, y con la cultura que tienen las clases más acomodadas, sólo falta voluntad firme y

perseverante abnegación y concordia gremial para dar al traste con la malhadada tributación de consumos.

Pues no se pierda de vista que se trata sólo de dar nueva forma al tributo, de hacer que desaparezcan esos detalles que obligan á pagar unos céntimos al desvalido. No se prescinda de que existen gastos superfluos que pagan el municipio y el Estado y que podría pasarse muy bien sin ellos.

Pero ¡qué ilusión! ¡Qué ilusión es creer que pueda acabarse con los egoísmos de quienes se encuentran bien con la explotación vigente!

Que egoísmos son éstos, como los que la opinión pública denuncia por las exenciones otorgadas á los propietarios de las colonias agrícolas, obligando á Ministros de Hacienda de distintos matices políticos á la revisión de unos 2.000 expedientes de concesión de colonias (con todas sus grandes ventajas para el propietario); y de ellos resulta ya caducada la concesión de colonia de más de 700 concesiones, y de ellas pudiéndose confirmar sólo 231, promoviéndose sólo en 24 casos el recurso contencioso. Y es que el abuso se introduce por todas partes, sin reparar en los medios.

Pero ¿cómo esperar que puedan declararse competentes los Ministros de Hacienda para reformar el impuesto de consumos, cuando los Sres. Gamazo y Canalejas han dejado el departamento ministerial sin poder antes llevar á cabo las ligeras modificaciones que hagan más proporcional y justo el reparto del impuesto que se cobra bajo el nombre de *venta de tabacos*? ¿Cómo esperar una solución inmediata á la cuestión compleja del impuesto de consumos, cuando no se consigue que deje de ser escaso el producto obtenido de las minas de Almadén y Linares, por ejemplo?

Seguramente que se ha dado un gran paso si, como se asegura por el Ministerio de Hacienda, «los ingresos del Tesoro han permitido atender, sin recurrir á la deuda flotante, al pago de los gastos del Estado, á pesar de la exactitud verdaderamente excepcional con que se abonan las obligaciones contraídas», siendo bastante general la opinión de que se ha logrado en los últimos ejercicios aproximar á una

vida normal la Hacienda pública, como se prueba con los datos siguientes:

Recaudación de los años

1891-92,	689 millones de pesetas,
1892-93,	719 » »
1893-94,	767 » »
1894-95,	773 » »

no obstante que la contribución territorial, que fué en el año económico de 1891-92 de 159 millones, en el año 1894-95 apenas ha podido llegar á 158. Pero téngase presente la baja producida por la ruina de los viñedos.

Aumentos los ha habido en estas partidas:

	1891-92 — Millones.	1894-95 — Millones.
Por industrial.....	38	45
Por aduanas.....	106	136
Por tabacos.....	89	92

De modo que la riqueza nacional, industria española, tuvo aumento, al mismo tiempo que lo ha tenido la riqueza internacional recaudada por las aduanas, y aumento también la riqueza de lujo, como es el consumo que se hace de tabaco.

La nota optimista predomina en el Ministerio de Hacienda cuando se dice que en los ingresos se ha seguido el llamado procedimiento *automático* en general, y no figura ningún ingreso con carácter verdaderamente extraordinario (exceptuando dos millones de pesetas por indemnización de guerra), lo que autoriza á prever sin desconfianza las últimas recaudaciones, sobre todo la del año natural de 1894.

Analizando la liquidación del ejercicio de 1893-94 y la probable del año económico de 1894-95, se hallan elementos favorables para confiar en una buena recaudación, por la buena tendencia que revela la cobranza.

Sin embargo, las cifras presupuestas son inferiores á la recaudación obtenida en el año natural de 1894. Tal perspectiva demuestra que el país, contra lo que se cree vulgarmente, se encuentra en estado próspero. Lo que no quie-

re decir, en verdad, que pueda soportar bien la carga que lleva de las obligaciones del Estado, ni que estas obligaciones sean tales que correspondan con el sacrificio que se impone la Nación, ni que la Administración pública se componga del personal idóneo al desempeño de sus funciones, ni que los gobernantes desempeñen su misión con la alteza de miras necesaria. Desde luego mala cosa es que los partidos vivan divorciados de la vida que prefieren la mayoría de los españoles, que los partidos políticos estén debilitados por hondas divisiones, que en esos partidos influyan decisivamente sobre ellos hombres públicos cuyo mérito principal sea su mucha *travesura*. Porque el Ministro de Hacienda tendrá que ceder muchas veces y desistir no pocas de sus planes de reformas útiles al interés general, por tener que subordinarlas al interés particular, que se encubre bajo la capa de protección nacional...

Ello es que resultan apuntados algunas veces los buenos propósitos de reformas, aunque con timidez; como cuando se anuncia la supresión de algún tributo, refiriéndose á los de explosivos y naipes, «para crear otros cuyo rendimiento no resulte inferior á los suprimidos», pues si se suprime alguno, como el que grava á los plomos y galenas argentíferas, es atendiendo á circunstancias muy excepcionales por la gravedad de la crisis de esas industrias y para secundar las iniciativas parlamentarias de los diputados de 19 provincias que representan una producción cuya importancia se acerca á la tercera parte del valor total de los minerales, y da trabajo á cerca de la cuarta parte de la población minera.

Con cuya reducción justificada del tributo de minería se ve claro que los presupuestos del Estado revisten siempre dos caracteres. Uno es la necesidad de alterar las partidas parciales por los vaivenes á que está expuesta la riqueza tributaria, que no basta la voluntad del contribuyente para que pueda contribuir con que satisfacerse las cargas públicas. Otro aspecto de todo presupuesto de ingresos es que la suma total no se altere para evitar el desequilibrio económico, por éste el déficit, por tenerlo el descrédito, y con el descrédito vienen más onerosos sacrificios.

No puede ser Ministro de Hacienda cualquier notoriedad política, ni puede serlo tampoco el político que no esté bastante respetado por el Presidente del Consejo de Ministros; sin embargo, como sucede lo que no debe ser... así va ello. Saltando á la vista la verdad de que si todos los países sufren cargas abrumadoras, aun teniéndolas, hay país; lo que no pasa en España, donde se promueven cuestiones capitalísimas, como es la de Cuba, y nos ofenden los Estados Unidos; por lo que respecta á Marruecos, iluminamos aquel territorio, con relación á Inglaterra, como la luna alumbra á la tierra, reflejando los rayos del sol.

Para hacernos respetar en nuestro imperio colonial necesitamos poner en línea de batalla una poderosa escuadra, y no tenemos *decisión* para tenerla, quitando toda clase de estorbos, hasta colgando de una antena á quien lo merezca y erigiendo estatuas á quien en vida haya merecido verdaderamente grandes premios. Y lo que se dice de esto pueden citarse otros muchos casos.

España estuvo bien gobernada por los Reyes Católicos porque tuvieron una política nacional y patriótica. Luego, ni el sentimiento nacional ni los intereses patrios brillaron con los resplandores que tuvieron en el reinado de la magnánima Isabel y del prudente Fernando. Ahora la máquina para el movimiento de los presupuestos se entorpece por la tributación de 30 céntimos por kilogramo de dinamita y sustancias explosivas; por la tributación de las Compañías de seguros nacionales y extranjeros; por el tributo que se persigue con la ley del timbre, buscándose responsabilidades y garantías, que con frecuencia desaparecen como fantasmas.

Duele tener que decirlo, pero las circunstancias obligan á declararlo: no hay gobernantes que saquen á flote la nave del Estado, porque sobre los hombres públicos no influye como debiera la opinión pública del país.

Bajo estos auspicios, el Ministerio de Hacienda, dirigiéndose á las Cortes, les dice: «Las autorizaciones solicitadas por los departamentos ministeriales y que figuran en el articulado de la presente ley, no entrañan ninguna refor-

ma cuya trascendencia requiera especiales aclaraciones».

Añade luego el Ministerio de Hacienda que «hubiera deseado acompañar al presente proyecto de ley (para el año económico de 1895-96) á manera de complementos; pero su impaciencia por someter los presupuestos al estudio y resolución de las Cámaras le ha vedado realizar tal propósito, que aplaza sólo por el breve lapso de tiempo indispensable para utilizar su estudio».

Ni ese *lapso* de tiempo hubo para cumplir la promesa hecha.

Un Ministro de Hacienda que estaba comprometido á regenerarla, la política menuda pudo más que el *gigante* político. Le sucedió á éste en el desempeño de sus funciones un joven de grandes alientos, pero que no tuvo todos los necesarios para evitar la caída de una situación política. Y la situación nueva dió como buenos unos presupuestos que se ha visto tienen más de superficiales que de sólidos, no obstante poder asegurarse que mejoró su formación. La nueva situación política es intransigente con todo el sentido gubernamental de la anterior y, sin embargo, en la aprobación de los presupuestos la mansedumbre llega al grado superlativo: ¡oh poder del patriotismo de... partido! Y no es, ciertamente, que queramos extremar la crítica ni negar méritos. Pero es que vemos descuidadas por todos los hombres públicos las cuestiones que son más fundamentales para la vida de España.

Es que parece tomarse como cosa de juego el buen orden en nuestro sistema colonial, hasta verse este imperio de España amenazado seriamente, poniendo en peligro la integridad de la patria, desbaratándose todos nuestros planes de Hacienda, viéndose sin marina cuando es necesaria tanta, habiendo de sufrir, por carecer de poderío naval, los mayores ultrajes.

Satisfactorio es que si por la ley de 5 de Agosto de 1893 fueron calculados los ingresos de probable realización en 737.726.353 pesetas, y los gastos en 737.474.811, resultase un superávit de 251.542.

Pero ¿esto implica que los servicios estén bien atendidos?

¿Supone ese resultado que todas las obligaciones del Estado se llenen como es debido? ¡Ah! Nadie para hacer cuentas galanos como Don Quijote, mas se las rechazaba luego Sanchó Panza, como pueden rechazarse las cuentas españolas sin más que echar en cara á nuestros gobernantes con el espectro de la deuda flotante la prueba plena de sus desvaríos.

Desvaríos llamamos á los aumentos por disposiciones comprendidas en la *misma* ley de Presupuestos y cuya suma asciende á 82.985.961 pesetas, de cuyos aumentos se bajan 75.680.193. De modo que quedan fijados los créditos definitivos de 1893-94, en Febrero de 1895, en 744.780.578. De modo — añadimos — que no puede averiguarse la verdad, como sucede cuando dos letrados actúan en un pleito, que, dueños de la palabra, quieren serlo también con razón de la justicia. Mas justicia y razón no aparecen con brillantes resplandores.

Consignemos ahora las cinco causas que han influído sobre la ley de 5 de Agosto de 1893, relacionadas con las reformas introducidas por la ley de Contabilidad y «otros hechos surgidos de un modo imprevisto durante el curso del presupuesto», cuyas causas son las siguientes:

Supresión del semestre de ampliación y de la cuenta especial de resultas de ejercicios cerrados (motivo bastante poderoso para hacer imposible todo presupuesto). Haberse reputado obligaciones del presupuesto siguiente (puro convencionalismo) el importe de los intereses y amortización del cuarto trimestre de deuda pública. Los acontecimientos de Melilla (registrándose en la acción militar de ellos gran *pereza* por parte del Ministerio de la Guerra). El aplazamiento de determinadas obligaciones de obras públicas.

Cuatro influencias que obligaban á respetar en su puesto al Ministro de Hacienda. Si él no quiso seguir desempeñando el Ministerio, tanto peor para la persona. Que los acontecimientos políticos *de partido* obligaron á cambiar de Ministro de Hacienda, aparece indudable. ¿Cómo, pues, en circunstancias críticas se operó sin reparo el cambio, desapareciendo de su último sitio quien era considerado un áncora-

ra de salvación del partido y esperanza grandísima de la patria?

Las contradanzas de gobernadores, que hemos visto criticadas discretamente en nuestro teatro, se han puesto también de moda entre los Ministros de la Corona, y en cada contradanza ministerial se representa otra financiera.

En medio de todo, gracias que sea un hecho respecto de ingresos del presupuesto lo siguiente:

Recaudación obtenida en 1893-94.....	710.798.757
Semestre de ampliación.....	39.808.709
	<hr/>
	750.607.466
	<hr/>
Pagos ejecutados en 1893-94.....	687.881.229
Semestre de ampliación.....	106.793.307
	<hr/>
	794.678.537
	<hr/>

Y por sucesivas ampliaciones se llega á apreciar el déficit del presupuesto de 1893-94 en 13.656.969, por más que en realidad de verdad la diferencia entre lo cobrado y lo pagado sea de unos 44 millones de pesetas.

Presentándose como prueba decisiva de la mejora realizada en la liquidación de los últimos presupuestos un estado para que pueda apreciarse la progresiva reducción de los déficits que ha habido en el último quinquenio.

Gamazo, Canalejas y Navarro Reverter son verdaderos émulos que trabajan para exterminar ese monstruo que es llamado *déficit*. Decimos esto por lo siguiente:

PRESUPUESTOS

Años.	Recaudación obtenida.	Pagos ejecutados.	Déficit.
1890-91.....	690.111.645	765.801.327	75.689.680
1891-92.....	687.897.075	780.672.183	92.775.108
1892-93.....	707.398.172	782.130.858	74.732.685
1893-94.....	749.563.003	763.219.972	13.656.969
1894-95.....	767.711.442	773.924.965	5.924.284

Como se ve, ha aumentado la recaudación en unos 54 millones.

Los pagos en unos 8 íd.

Son, pues, dos signos característicos de este quinquenio haber conseguido un aumento de rentas de 8 por 100 próximamente, mientras que el aumento de los pagos está alrededor de 1 por 100. El resultado, con esas demostraciones, es tanto más favorable cuanto que la liquidación probable del presupuesto de 1894-95 se presenta en esta forma:

Ingresos.....	744.726.353
Gastos.....	738.619.893,41
	<hr/>
<i>Diferencia á favor de los ingresos....</i>	<i>6.106.459,59</i>
	<hr/>

Así las cosas, pudiéramos decir que veremos muy pronto el *arco iris* de nuestra Hacienda. Mas ¿será verdad tanta belleza? ¿Podrá verse regenerada la Hacienda española con luminarias como Gamazo, Canalejas y Navarro Reverter? Bien sabe Dios que deseamos vivamente sea esto verdad. Pero para serlo creemos indispensable que esos tres señores Ministros hayan trabajado libres de compromisos políticos, que tanto achican el entendimiento, tuercen la intención, privan los corazones de sus mejores impulsos, comprometen la reputación y hacen perder las oportunidades.

ANSELMO FUENTES,

(Continuará.)





LAMBERTITO (I)

Lamberto, ciego y furioso, se había abalanzado sobre la viuda y derribado de un puntapié en el costado.

—¡Canalla, hombre vil!

No pudo terminar, pues la mano de Lamberto cayó sobre su boca con una fuerte bofetada y sus rodillas se apoyaron en el pecho de la señora para sujetarla.

—¡Socorro... soco!...

La voz se ahogó en su garganta oprimida con los dedos de Lamberto que la ahogaban.

—Ahógate, y con tu alma cuanto querías decir; no serás tú quien me quite la carta. Después de ti, Dolores y el infierno si se me presenta delante.

La viuda forcejeaba y Lamberto procuraba sujetarla.

—Pero eso no se entenderá con un hombre, sino con mujeres indefensas—dijo una voz que le sonó como la trompeta del juicio y junto un puntapié aplicado á sus hombros que le hizo saltar de encima de la viuda y venir rodando junto al balcón. Nada dijo y quedó callado y como atontado con el golpe. Aquél no venía de mano de mujer y tembló; ni aun

(I) Véase la página 524 de este tomo.

quiso abrir los ojos para conocer quién era el que había entrado y salvado á la viuda de sus puños.

Matilde, que medio ahogada había sido levantada y llevada al diván por aquel improvisado salvador, respiraba anhelosa.

—¡Agua, agua, Genoveva!—gritó la voz que le había lanzado contra el balcón.

—¡Julián!—se dijo Lamberto levantándose quedamente y procurando escapar sin que el otro que estaba auxiliando á la viuda se apercibiese de su huída. Llegó á la puerta, y al retirar el pesado cortinón se halló encuadrada en el hueco la figura de Alfonso que, como la sombra de Banko en el *Macbeth*, se presentaba á su vista. Retrocedió lanzando un rugido y quedó clavando sus ojos enardecidos en el marqués.

—Buena conducta, señor Tenorio; muy bien me parece: gracias á que Genoveva pidió auxilio cuando pasábamos casualmente por la calle. ¿Qué hace usted con las damas después de traerlas á esta casa de perdición?

—No, lo que es si no subimos corriendo la estrangula ese tunante,—replicó Julián volviéndose.

—¡Calle! ¡Pues era D. Lamberto! ¡Quién lo dijera de un santo! ¡Caramba! ¡Perder á una mujer y luego ahogarla, eso sí que no está bien en una persona tan buena! Y la víctima es D.^a Matilde, señor marqués. ¡Pobre señora! ¿Cómo habrá venido á caer en manos del santo varón?

—Ya lo sabremos. Caballero Lamberto, necesito una explicación de su conducta con esa señora.

—No tengo que dar ninguna y... ábrame usted paso, ó de lo contrario... le abraso—dijo sacando un pequeño revólver y apuntando con él á Alfonso; pero el arma no pudo ponerse á la altura conveniente, pues Julián, como marino, estaba ojo avizor, y antes de que pudiera apuntar, el brazo y el arma de Lamberto habían caído á impulsos de un feroz puñetazo que le dejó el brazo inútil y pendiente del costado.

—Perfectamente; no necesito explicación alguna, caballero: su conducta le declara, su conciencia le acusa y sus actos le delatan. Á la seducción el crimen, y al delito la cobardía.

Y penetrando en el gabinete, cerró la puerta tras sí, guardándose el marqués la llave.

—Ahora, lo primero es auxiliar á esa desgraciada señora. Después, nosotros.

Matilde había vuelto en sí y lloraba desahogando su pecho, y respiraba con fuerza como queriendo dar elasticidad á sus pulmones. Llamaron á la puerta de la habitación y Julián fué á abrir, después de entregarle la llave el marqués. Entró Genoveva con un vaso de agua al que había añadido unas gotas de éter, y llevóselo á Matilde, que bebió con ansia.

En el gabinete reinaba silencio y sólo se escuchaba la agitada respiración de la pobre viuda. Lamberto, acorralado en un ángulo de la habitación, se mordía los labios con rabia y buscaba la manera de escapar de aquella ratonera en que había caído. Se encontraba en poder de aquellos que él quiso perjudicar, y el temor y la conciencia le volvían más cobarde de lo que realmente era; sólo faltaba la llegada de Dolores, que él esperaba de un momento á otro, y si seguía en sus anteriores ideas, le delataría ante aquellos hombres á quienes quisiera ver tendidos á sus pies. La situación no era nada agradable para el hipócrita, y con la mirada contraída y la rabia concentrada discurría el modo y manera de salir de aquel atolladero en que se había metido.

—¿Se encuentra usted mejor, señora?

—Sí, sí, señor marqués, ya respiro con libertad, pero me duele mucho el cuello.

—Con esos dedos tenazas, á los que les ha dado fuerza la cobardía, no es extraño.

—Julián, silencio.

—No me callo, señor marqués; perdone, pero no puedo: yo necesito desahogarme también, pues bastante tiempo llevo tragando para adentro.

—Podemos sentarnos, si á usted le parece, Sr. D. Lamberto: tenemos mucho y muy interesante que hablar, y sólo así podrán desvanecerse muchas de las muchas sospechas que sobre su conducta para conmigo tengo. Tal vez sean suposiciones que carezcan de base, y ya que la ocasión se

ha presentado, dando la casualidad pie para que llegáramos Julián y yo en ocasión de evitar una desgracia á esa pobre señora, á quien protejo, y más sus tíos de usted, es de todo punto precisa una explicación tan clara por su parte como precisa por la de esa señora, de cuya conducta nunca hubiera dudado. Así, pues, sentémonos, y pues que los cinco hemos intervenido en este lance, á todos nos interesa igualmente el silencio para no dar pábulo al escándalo.

Y diciendo, el marqués arrastró una butaca más al centro del gabinete y sentóse tranquilamente. Lamberto nada dijo; pero, pálido y contraída su boca, denotaba la ira concentrada en su alma y el ansia de escapar de aquella ratonera en que había caído por su mala suerte; quiso demostrar tranquilidad, en su ánimo, y sentóse, poniendo una pierna sobre otra, como para demostrar indiferencia y una serenidad que había perdido.

—Quisiera, ante todo, una explicación de las acciones de usted; primero para con mi persona, á la que usted amenazó con un arma cuando intenté cerrarle el paso acudiendo en socorro de esa señora. Mi opinión, amigo Lamberto, es la de que su conducta no debía ser muy correcta ni hallarse su conciencia muy tranquila cuando, después de querer ahogar las voces de esa señora, casi la mata, y al acudir yo, quiso abrirse paso, huyendo y pasando por encima de mi cuerpo si le dieran tiempo para disparar el arma. Veo en esto dos delitos frustrados, y nunca hubiera sospechado en usted valor suficiente ni odio semejante en un joven tan morigerado en sus costumbres, tan virtuoso y pacato. Y como quiera que debo prescindir ahora de la seducción á que haya traído á esa señora, de lo que con ella intentara y de la resistencia, que determinó tal vez en usted el acto de fuerza cometido en la que quizás trajo usted engañada á esta casa, vengo al hecho personal de su ataque y propósitos contra mi persona, y de esa amenaza, de ese delito pido y necesito explicación categórica.

Lamberto, irguiéndose en el sillón, lanzó una mirada de odio á Alfonso, y con voz sorda dijo:

—Nada tengo que ver con usted, Alfonso. Ciego de ira,

quería escapar de esta casa de perdición, á la que había venido engañado, pues se me llamaba para una obra de caridad. Aquí me encontré con esa señora, que me insultó, y al querer retirarme me cerró el paso gritando desaforadamente, tal vez para dar escándalo; quise evitarlo, y como que podía salir perjudicada mi honra, quise hacerla callar, pero fué en vano; quise aturdirla, pero sus gritos se habían oído y acudió usted que... por casualidad pasaba con ese mozo. Entonces quise huir, sí, huir de la vergüenza de que me viesen en esta casa, y una sombra se interpuso en mi camino: era usted, y con el deseo y la angustia de huir de este burdel, amenacé con el arma... á no sé quién, y que luego resulta ser usted, mi buen amigo. Ciego de vergüenza, lo mismo que con usted hice, hubiera hecho con mi padre si me cerrara el paso, para huir de esta asquerosa morada, de esta hedionda casa del vicio y del pecado.

—Pues no será tan mala ni perdida cuando usted se ha pasado días enteros y noches en ella con su amiga, mi ama. Entonces no le parecía á usted asquerosa casa ni *hendida* ni *morada* ni de otro color—repuso Genoveva que, apoyada en el marco de la puerta, atendía á aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—Valía más, señor de Ovando, que esa infeliz se retirara y no vomitara calumnias, de la misma manera que estará acostumbrada á mentir cariños.

—Oiga usted, so tío, el embustero es él, que siempre andaba con misterios y tapujos cuando venía á esta casa á darse buenas comidas y cenas, lo mismo que en el merendero.

—Oiga usted, joven, basta y cállese usted, que ya le preguntaré á usted cuando necesite algo.

—Pues mire usted, señor, que no mienta y entonces me callaré. Decir que le habían traído engañado, ¡el niño pitongo! Con un lenguaje y unas palabras que suelta que avergonzaría á un carretero, querer echársela de *finiquitísimo*. No hablaría así si estuviera aquí Dolores, á quien demasiado sabe que le ha hecho sufrir y hasta la ha confirmado alguna vez sin ser obispo.

—Le he dicho á usted que se calle.

—Déjela usted, señor Ovando, déjela; no es ella, es el demonio quien habla por su boca para desacreditarme. Nada me importa; mi conciencia es el juez, no las palabras de esa infeliz desgraciada.

—Será todo ello lo que usted quiera, Lamberto, pero no puede usted negar hechos que son ciertos. Sus amores con Dolores no son cosa de avergonzarse: ella es viuda y usted soltero, luego esa falta, ese pecado puede lavarse. Pero que usted ha frecuentado esta casa no creo sea capaz de negarlo; mas por ahora lo que le suplico es una clara y precisa declaración; á usted le toca ahora defenderse de sus conatos de seducción en Matilde y probarnos que no es el amante de Dolores; á usted, joven puritano, modelo de virtud y predicador de moral al uso.

—Ignoro con qué títulos viene usted á pedirme cuentas de mi conducta y la obligación en que estoy de darle relación de mis actos, actos de los que yo únicamente soy responsable. Si esta señora, que aquí vino por su voluntad y no en busca mía ciertamente, se permitió insultarme acusándome de lo mismo que ella venía á buscar en esta casa, cuentas serán de ambos, en lo que usted ninguna intervención tiene, ni creo debe tener, á no ser que fuese usted el caballero á quien ella esperaba.

—Le suplico á usted, Sr. D. Lamberto, que mida las palabras—replicó Matilde.—Es cierto que me ha encontrado usted aquí, en esta casa, cuya reputación ignoraba; he venido con el fin de hablar con un caballero que era amigo de Dolores y gozaba de grandes influencias para poder conseguir en un colegio una plaza de gracia para mi hijo. Me citó para esta casa; vine con ánimo de ver á Dolores; díjome esa joven que no estaba y qué esperara; llegó ese... hombre, no quiero llamarle caballero, y vi que el amante de Dolores era D. Lamberto, el caballero sin tacha que quiso abusar de mi necesidad induciéndome al crimen y la deshonor del nombre de mi esposo, y él es quien con sus mañas detuvo mi expediente de la viudedad con el fin de que el hambre y la miseria llamaran á mi puerta, y entonces el hambre de mis hijos

me hiciera caer, ya que no lo había conseguido con halagos y promesas. Entre él y su madre, como luego supe que lo era la prestamista que me agobiaba, procuraban, por lo visto, entrambos hacerme sucumbir, lo que no consiguieron, gracias á que Dios me deparó quien lealmente me auxiliara.

Esperaba aquí á Dolores cuando se presentó este caballero, de quien ignoraba su nombre, pues siempre lo ocultó, y con bromas y reticencias llegó á poner en duda mi comportamiento. Entonces fué cuando, defendiéndome, no sé si le insulté, no sé lo que repliqué á sus insultos, y entonces, ciego de furor porque dije que hablaría, sabiendo ya que era el amante de Dolores, no quise retirarme, porque temí algo contra esa pobre mujer á quien debía defender, agradecida á su protección, y como no quise obedecerle me pegó, y afortunadamente ustedes me salvaron de sus manos.

—Á usted le toca responder, amigo Lamberto: tras la acusación, la defensa. Ahora rebata usted lo dicho por esa señora.

—Lo único que hago es el favor de concederles á ustedes todos una explicación: quien no tiene por qué defenderse no se defiende, sus actos son la mejor defensa. Es cierto que he venido aquí insiguiendo en mi propósito de concluir la salvación de esa Dolores que, después de una vida criminal, ha entrado en el camino del arrepentimiento. Esa mujer ha sido cómplice de un malvado que ha causado mucho mal en mi familia, pues así ella se lo ha confesado á mi tío al pedirle perdón. Puesta en el camino del bien, no quise que sus buenos propósitos se perdieran, y he venido, aun á costa de mi reputación, á continuar la obra emprendida por el confesor, amigo mío y que sabe que mi penitencia de joven es arrancar mujeres de la vida de perdición y llevarlas al camino de la salvación de sus almas.

—¿Habrá embustero semejante?

—Silencio, muchacha, que á usted nadie le ha dado permiso para hablar.

—Me callaré, pero en cuanto suelte mi lengua... me han de oír los sordos.

—Déjela usted, señor marqués; es un corazón encallecido en el vicio y del que nada bueno puede esperarse.

—¡Muchacha!

—¡Genoveva!—dijeron al mismo tiempo el marqués y Julián, agarrando á la joven, que se abalanzó sobre Lamberto para arañarle.

—¡Tío, so tío, pillo, canalla, chupacirios indecente! Si no me cogen, le arranco la lengua al muy charrán. ¡Tío, so tío!

—¡Silencio, ea! Si no se calla usted, llamo á la pareja y la llevan al Asilo.

—Que no mienta y me callaré, señor.

—Si no miente, ¿qué ha de decir? Callarse.

—¡Julián, orden! Siga usted.

—Me es imposible, señor marqués; ante las amenazas y los insultos, no puedo continuar. Permita usted que me retire, y con usted solo estoy dispuesto á darle cuantas explicaciones desee; se las daré tan amplias como quiera. Aquí es imposible.

—No, no puede ser. Dolores va á venir, y con ella espero la defensa de usted, pues Dolores nos dirá la verdad. Si cuanto han dicho Matilde y Genoveva es falso, Dolores lo desmentirá, y si es cierto, entonces tendrá usted que defenderse. Sobre usted recaen muchas y muy vehementes sospechas. Las palabras de D.^a Matilde no las ha desmentido usted, esas quedan en pie. ¿Cómo explicarlas?... ¿Usted lo hará?

—¿Y puede creer mi amigo Ovando que yo sea capaz de seducir á una mujer con este aire sacristanesco? ¿Cree usted lo dicho por esa señora?

—No, es verdad. Que lo intente lo creo, que lo consiga no. Es usted muy miserable para ello y ni nobleza tiene para engañar á una mujer por medios caballerosos y galantes—repuso Matilde.—De lo que se vale es de la necesidad, de la miseria; sus medios son tan viles como usted, que me llama embustera y aun quería hacer constar que yo le he seducido.

—¿Ve usted, señor marqués, cómo esto es imposible? En cuanto me defiendo, se me quiere ahogar la voz; así es imposible, y le suplico me abra usted la puerta.

—No es ése el camino por donde usted va á salir, sino por el balcón. Yo no aguanto más: usted fué quien en cierto día me clavó la duda de Rosario en el alma; usted es el que me escribió los anónimos, y á Ramón; usted es el hombre que con Dolores han hecho el mal. Ella no lo ha dicho, no, señor, pues aquí no somos como usted, y no mentimos. Ella no le ha mentado para nada, pero yo lo he averiguado todo, y esa infeliz me ha puesto, sin saberlo y sin intención, en camino de confirmar mis sospechas. Ahora yo estoy convencido, y como usted ha calumniado á Rosario y á mí, ha sido causa de la perdición de Ramón y de la muerte de Luisa... aquí no hay más juez que yo... y que soy el que voy á despacharle á usted para el infierno.

Y levantándose Julián, se dirigió á Lamberto, echando mano antes al bolsillo del que creyó iba á sacar un arma.

—¡Socorro, socorro!—gritó con voz ahogada y cayendo de rodillas en el suelo, presa del terror que le causó aquel exabrupto del marinero, y clavando al mismo tiempo sus ojos en Alfonso.

Éste permaneció impasible, y su enojada mirada sostuvo indiferente la suplicante de Lamberto, que no tuvo ni aun el valor de contenerse en su espanto. Dejó acercar á Julián, que sin prisa se venía encima de Lamberto; quiso que sufriera, ya que tanto les había hecho sufrir á todos con su perversa intención y criminales actos. Casi alargaba las manos para agarrar al aterrado joven, cuando Alfonso se interpuso entre ellos.

—Un momento, Julián; deja lugar al arrepentimiento, no llevemos la crueldad hasta ese punto. Un minuto nada más, y entonces... nos retiramos todos, y obra tú como quieras, pero déjale que antes se arrepienta.

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)



CRÓNICA QUINCENAL

INTERIOR

Tristezas hay del alma, preocupaciones profundas y angustiosas hay en el espíritu público que no desaparecen ni en medio de las dulces fiestas del hogar ni entre las expansiones de los días consagrados por la costumbre á la memoria de los grandes y religiosos acontecimientos que han venido transformando la humanidad. ¿Quién no se habrá acordado en la pasada cena de Noche Buena del pariente, del amigo, del paisano ausente, que allá, en la Gran Antilla, vivaquea tal vez, arma al brazo y con los ojos fijos en la negrura de la noche, deseando castigar el vandalismo de las feroces hordas acaudilladas por los Gómez y los Maceos? Existen ciertas penas de que está impregnado el ambiente que respiramos, y estas penas amargan los momentos más clásicos y solemnes de la vida nacional. Por esto hay alguna melancolía en los cantares, y por esto corre y brilla en el borde de muchos platos la lágrima de una hermana cariñosa, de una esposa amante ó de una madre idolatrada.

¿Cuándo terminará la guerra en esa isla de Cuba, donde la flor de nuestra juventud y nuestros más briosos guerreros se ven abatidos por una muerte temprana y traicionera? No

se teme allí el plomo ni el machete de los mambises: mil veces más terrible é implacable es la fiebre que consume y el vómito que agota y deshace la naturaleza más robusta, pero no acostumbrada á aquel clima.

Tenemos confianza en que la guerra ha de terminar pronto, y terminará pronto por la voluntad y los esfuerzos de la nación nuestra, empeñada en arrojar de la isla á esos aventureros sin patria que se proclaman dueños de un país que no es el suyo, y matan, roban, saquean y destruyen por capricho.

No ha de perseguirnos siempre la desgracia. Confiemos en que el año nuevo que se aproxima ha de traernos el triunfo de nuestra bandera y el consuelo de la paz allende los mares. No se necesita para ello más que alguna abnegación en todos; menos preocupaciones políticas y más patriotismo.

*
* *

EXTERIOR

También en el extranjero suelen á veces hacernos justicia. Entre varios é importantes periódicos italianos, el órgano mismo del Sr. Crispi ha publicado un artículo en términos sumamente entusiastas y laudatorios para nuestra nación, que quiere conservar sus colonias aun á costa de los mayores sacrificios.

Véase un ligero extracto de dicho artículo:

«Más de una vez—dice el colega de Roma—los partidarios de la política *casera* ó de *recogimiento* han citado el ejemplo de España y aconsejado á nuestros gobernantes que lo imiten.

»Pues bien, hoy á nuestra vez podemos invitarles á seguir las enseñanzas de la política española.

»Ningún ejemplo es, en verdad, tan elocuente como el que nos ofrece esa nación, la cual, á pesar de ser inferior á Italia en población y recursos y de estar dividida en luchas de partidos, se presenta unida y concorde apenas se trata de mantener alto el honor nacional.

»Por esto hace España para conservar su rica colonia mucho más que Italia por las suyas. Prueba de ello es que al estallar la guerra no había en Cuba, incluyendo guardia civil y policía, más que 20.000 hombres, fuerzas que en pocos meses han sido cuadruplicadas, y en Enero próximo ascenderán á un total de 120.000 soldados y 40.000 voluntarios.

»Y España no dice, ni mucho menos, haber hecho sus últimos esfuerzos; si se necesitan otros sacrificios los hará sin quejarse. La Nación entera, sin vacilar, dará cuanto el Gobierno pida.

»En Cuba los españoles luchan con obstáculos gravísimos, como el clima y las condiciones del país; los italianos, en la Eritrea, gozan, en cambio, de un clima templado y benigno.

»España no ha dudado un momento sobre lo que debe hacerse en Cuba; el honor nacional está comprometido, y para defenderlo no vaciló en someterse á las más duras pruebas.

»Espectáculo verdaderamente digno de un pueblo serio y grande que tiene plena conciencia de la importante misión que está llamado á cumplir.»

Grata é íntima satisfacción produce en el ánimo ver que aún se nos juzga como realmente somos.

*
* *

Los periódicos de Italia adversarios del Gabinete Crispi tratan de poner de manifiesto la imprevisión del Gobierno y de sus autoridades en la colonia Eritrea, publicando al efecto cartas de oficiales que se hallan de guarnición allí.

Se ha comentado mucho una del bizarro capitán Olivetti, que figura entre los muertos en el desastre de Amba Alaghi. Dicha carta, fechada en Adrigat dos meses antes de aquel descalabro, dice:

«Se preparan grandes sucesos: los abisinios, previstos de recursos, cañones de tiro rápido, diez mil fusiles rusos y abundantes municiones, se aperciben para atacarnos á fines de Septiembre.

»Supongo que ya conoce usted la pura verdad sobre el via-

je del General Barattieri á Roma. Á fin de poder recoger los frutos de nuestras victorias, el General pide que se organice una larga expedición. Deseo vivamente que se persuadan ahí de la necesidad de ello.

«Si no vienen refuerzos, aseguro á usted que ocurrirán cosas terribles.»

En vista de esta carta los periódicos de oposición manifiestan que pesa una responsabilidad terrible sobre los que, conociendo la situación, han venido engañando al país.

Desde que las tropas italianas alcanzaron en la Eritrea las victorias de Agordat y Coatit, han ido constantemente extendiendo su acción á mayor territorio, hasta llegar á Adua, evacuando después á Adigrat y Makallé, y por último, después de una pequeña victoria recientemente obtenida en contra de escaso número de enemigos, si bien en posiciones muy fuertes, penetraron en el Tigré, pero sin que les ocurriese aumentar el efectivo de su ejército que, no pasando de 12.000 hombres, en su mayor parte indígenas, había de defender una extensión de terreno vastísima: desde Massua á Cassala en dirección al Sudán, y desde Massaua á Amba Alagi, ya en el imperio de Abisinia.

La causa de no haber aumentado esas fuerzas en proporción al objetivo á que debían ser aplicadas no fué otra que el deseo de no acrecentar los gastos que á la Nación produce una política colonial expansiva; pero, á la vez, el Gobierno necesitaba que viniesen brillantes hechos de armas á justificar esa política.

Y ya se ha visto lo que ocurrió: viva está aún en la memoria de todos la terrible matanza de Amba Alagi. La magnitud de ésta puede apreciarse al saber que, de los 2.500 hombres de la columna Toselli, sólo se salvaron 300, y entre ellos únicamente *tres* oficiales.

No ya la prensa política de Italia, sino la opinión militar, consideran que esa catástrofe fué ocasionada por haberse infringido las reglas tácticas y estratégicas más elementales, dejando á la columna Toselli en posición avanzadísima y por completo aislada, sin apoyo y protección de otras fuerzas, pues las más próximas, que eran las del General Arimondi,

estaban en Makallé y Adigrat, á 65 y 135 kilómetros respectivamente de Amba Alagi. Y todo eso sabiéndose, como se sabía, que los enemigos avanzaban con gran golpe de gente.

Si los abisinios tuvieran buenos jefes, la situación actual de las fuerzas italianas sería muy peligrosa.

Después de rudos combates en el Parlamento, el Gobierno italiano hubo de presentar el dilema de la retirada de las tropas del Tigré, arrastrando consigo la caída del Gabinete, á quien sus impugnadores apellidan el *Africano*, sin las glorias de Escipión, ó resolverse á aprobar los millones y el envío de tropas de refuerzo que, sin esperar el voto de los representantes del país, se han mandado á la Eritrea, cosa esta última que no podía, en realidad, demorarse.

Van, pues, al África hasta doce batallones, entre éstos algunos de alpinos y *bersaglieri*, con baterías de artillería, fuerzas de ingenieros y otras armas, todos embarcados en Nápoles, donde el pueblo, como en las demás ciudades, ha imitado la conducta de las de España, aclamando á los defensores de la patria, por más que la guerra de Abisinia no excite los sentimientos, ni esté justificada, como la de Cuba. Con estas tropas, uniéndose á otros cuatro batallones italianos, á ocho de indígenas y á las milicias de la Eritrea, el General Barattieri contará á fines de Diciembre con 25.000 soldados.

Las sumas concedidas por el Parlamento son 20 millones de liras; pero todo espíritu sensato, viendo lo que costó á Inglaterra la expedición de lord Napier en 1867 contra el Emperador Teodoro de Abisinia, expedición que sólo fué hasta Magdala, no más distante que lo está Makallé y Antalo, reflexiona que tal cantidad será el principio de los sacrificios impuestos por la guerra de África, no ocultándose que el objetivo de la próxima campaña es volver á recobrar todo el Tigré y asentar en él su dominación, que todavía subsiste, sobre Adua, Assoum, Makallé y Adigrat.

Aunque reina natural confusión sobre la entidad de las fuerzas puestas en campaña por los abisinios, se cree no bajan de 40.000, constando que el ejército de la Etiopía

tiene 60.000 hombres, con 26 piezas de montaña y seis ametralladoras, distinguiéndose por su ímpetu la caballería.

*
* *

La cuestión de Oriente y los incidentes á que va dando lugar su desarrollo son minuciosamente relatados por la prensa de Londres, sin que se agote el tema de las persecuciones contra los armenios, y han dado nuevo pasto á sus afanes noticieros la huída de Said-Bajá á la embajada británica en Constantinopla, donde el exgran visir se refugió pidiendo asilo contra las asechanzas de su amo y señor el Jefe de los creyentes, y la lucha empeñada entre los Embajadores de las grandes potencias y el Sultán, para que éste permita el paso por los Dardanelos de un buque de guerra de cada nación, á más de los que componen actualmente la estación naval extranjera en el Bósforo, para proteger las vidas de los cristianos residentes en Stambul, en caso de nuevos desórdenes provocados por armenios ó musulmanes.

Casi todos los periódicos abundan en las mismas ideas sobre la manoseada cuestión de Oriente, pero *The Truth*, en un artículo de su último número, debido sin duda á la pluma de su director y propietario, el antiguo diplomático y hoy influyente diputado radical Mr. Labouchere, protesta de la política tradicional de Inglaterra con Turquía, y dice que es una lamentable equivocación del *Foreign Office* el intervenir en los asuntos de Turquía y el tener un ejército de ocupación en Egipto, pues Inglaterra no tiene interés alguno en el Mediterráneo y debe abandonar á los rusos Constantinopla, para atender tan sólo á proteger con su marina el comercio de la metrópoli con el imperio colonial británico.

Cerradas las Cámaras, y sin que ningún asunto extraordinario haya venido á turbar la calma de la política interior, los periódicos ingleses han sacado también partido del viaje del Rey de los belgas para hacer conjeturas sobre el fin que ha movido al soberano moderno por excelencia que va á París y á Londres para tratar personalmente los negocios del

Estado del Congo, que visita á los Ministros en sus despachos y que desde la estación del ferrocarril se va á pie hasta su hotel, como el más sencillo de los mortales.

*
* *

En medio de la paz que Europa disfruta, la nota que se atribuye á Lord Salisbury con motivo de la cuestión de límites entre Venezuela y la Guayana inglesa, y las enérgicas frases del mensaje de Cleveland contestando á Inglaterra, han producido, como era de suponer, un gran movimiento de expectación no exento de temores.

Contribuyen á aumentar esta alarma las vociferaciones de algunos periódicos, y particularmente del *New York Herald*, muy atentos en América, más todavía que en Europa, á fomentar cuanto pueda contribuir á estimular el interés y la ansiedad de las muchedumbres.

Por otra parte, hay motivos para creer que las arrogancias del mensaje Cleveland y el americanismo que las informa tienen un objeto puramente político, relacionado con las próximas elecciones de Presidente; pero es lo cierto que el Ministro de la Guerra de los Estados Unidos ha pedido nada menos que un crédito de 106 millones de dollars, 23 con destino á reformar las fortificaciones de los puertos y el resto para aumentar su escuadra.

Cuál ha de ser el resultado de aquellas arrogancias y de estos aprestos no es fácil calcularlo de una manera exacta. Sin embargo, todo hace creer que las declamaciones de la prensa norteamericana, las frases enérgicas y amenazadoras de Cleveland y las precauciones militares solicitadas por el Ministro de la Guerra quedarán reducidas á una función de aparato, cuyo último acto será la campaña electoral.

La prensa neoyorkina dedica toda su atención al examen del documento presidencial, cuyas observaciones aplauden todos los periódicos sin la menor reserva; pero se advierte que el criterio dominante es optimista y no admite la posibilidad de un rompimiento de relaciones entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

La prensa inglesa se ocupa con el mismo interés en comentar el mensaje del Sr. Cleveland. El *Times* dice:

«Lord Salisbury puede contar con el apoyo de todas las naciones europeas al persistir en la firme actitud que ha adoptado. Hay pocas cuestiones de política extranjera sobre las cuales no se divida la opinión; mas la nación menos orgullosa se opondría hasta la muerte á pretensiones como la de un Gobierno extraño que quiere nombrar una comisión que deslinde parte de nuestro imperio y nos imponga sus conclusiones con la amenaza de la guerra. Cuando los americanos conozcan el carácter monstruoso é insultante de la demanda que en su nombre se nos hace, no podrán menos de confesar que nuestra actitud es la única que corresponde á hombres de su misma raza.»

Del *Daily News*:

«Si el mensaje se hubiera dirigido al Foreign Office, la ruptura de relaciones diplomáticas era inevitable. Tal como es, no necesita respuesta. Cuando el Embajador de los Estados Unidos nos anuncie el nombramiento de la comisión norteamericana habrá llegado el momento de que el Gobierno haga saber al de Washington lo que piensa sobre la cuestión. Entonces, no sólo deberá negarse Lord Salisbury á reconocer á la comisión, sino que su entrada en territorio británico habrá de ser considerada como un acto de hostilidad tan grave como si se tratara de la invasión de una parte de la Gran Bretaña.»

El *Daily Graphic* concreta su juicio en estos términos:

«No podemos abandonar decorosamente la posición en que nos hemos colocado. No se trata ya de nuestra cuestión con Venezuela ni de la doctrina de Monroe, sino de resistir á pretensiones atentatorias á la unidad de nuestro imperio.»

El *Daily Chronicle* da la noticia de que Lord Salisbury consultará á varios Gobiernos europeos antes de dar contestación al mensaje de Mr. Cleveland.

La prensa alemana, que con motivo de la insurrección de Cuba hizo declaraciones análogas, se pone del lado de Inglaterra. La *Gaceta de Colonia* afirma que todas las naciones

européas son solidarias ante las pretensiones de los Estados Unidos.

Un telegrama de Roma, que publica el *Herald*, da por seguro que Italia apoyaría á Inglaterra si ésta pidiese á las potencias europeas que se uniesen á ella para protestar de la actitud de los Estados Unidos.

La prensa rusa estima que el conflicto tendrá solución pacífica.

Las últimas noticias son relativamente tranquilizadoras. Las enormes pérdidas causadas por el pánico que produjo el mensaje del Presidente Cleveland son argumento muy propio para hacer reflexionar á un pueblo mercantil como el norteamericano.

El pueblo y los hombres de negocios se muestran mucho menos belicosos que los *politicians* del Senado y de la Cámara. La tormenta desencadenada por Cleveland amenaza volverse contra él. Y al otro lado del Atlántico, aunque se halle el Gobierno inglés firmemente decidido á defender su derecho, no se desea la guerra, no sólo por el sentimiento de fraternidad entre los dos pueblos de lengua inglesa, sino por los mil problemas de política internacional que reclaman la atención de Inglaterra.

Ya se encontrará una fórmula de avenencia aceptable entre dos pueblos tan positivistas como los Estados Unidos y la Gran Bretaña. No hay que dudarlo.

C. S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Un diplomate anglais au début du siècle, *por el* MARQUÉS DE NADAILLAC, *C. del Instituto, asociado extranjero de la Academia Real de Bélgica, etc.*—París, 1895. En 4.º, 51 páginas.

Tan excelente escritor es el ilustre Marqués de Nadaillac y con tal maestría trata todos los asuntos, que logra siempre cautivar el ánimo del lector, quien no deja ninguna de las producciones de aquel sabio hasta llegar á la última de sus páginas. Bástale el diario en que el inglés Jorge Jackson, agregado diplomático, sucesivamente, en París y Berlín durante los años 1801 y siguientes, fué anotando sus observaciones acerca de las personas y las cosas, para trazar una obrita llena de interés y de singular importancia por referirse al período principal de nuestro siglo, al período en que Napoleón sostuvo guerras con Inglaterra, España, Rusia, Austria y Prusia. Los historiadores deben consultar el último trabajo del Marqués de Nadaillac, porque contiene datos que son contrarios á lo que en algunas cuestiones se creía como expresión de la verdad. Toda la pro-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

ducción del esclarecido académico está cuajada de pensamientos oportunos y acertadas consideraciones; copiaremos varios. Dice Jackson en su diario: «El carácter de los franceses es tal, sobre todo desde que se gobiernan por sí mismos, que, cualquiera que sea el gobierno que mande, hácenle la oposición por el gusto de hacérsela». Y añade Nadaillac: «Tiene razón Jackson, ése es el vicio nacional: de ahí han tomado, toman y tomarán su fuerza los demagogos que especulan con aquel instinto, si puede llamarse así, de nuestra raza para lograr sus detestables proyectos».

Describe el pánico que se apoderó de las tropas prusianas después de un combate: 1.500 hulanos huyen despavoridos ante 19 cazadores franceses; la ciudad fortificada de Custrin capitula sin defenderse; Kosobelsdorf, general muy distinguido, entrega la importante fortaleza de Stettin sin disparar un solo cañonazo. «Nosotros también, escribe, hemos conocido los horrores de la derrota, nosotros también hemos sentido el dolor inenarrable de ver al invasor dueño de nuestros hogares. Nuestros ejércitos fueron vencidos, nuestros jefes y generales hechos prisioneros, y sin embargo, la historia no registra ni un caso en que desmayaran ó se acobardasen».

«Leyendo la historia moderna, dice más adelante, choca el prestigio que alcanzan las mujeres al declinar las monarquías. Probablemente si Federico Guillermo hubiera tenido el entendimiento y el carácter de su esposa, los sucesos habrían tomado otro giro mucho más favorable.»

Refiere Jackson que se indignó al presenciar las injurias que el populacho de Praga dirigía al general francés Vandamme, que había caído prisionero, á lo que Nadaillac observa acertadamente: «Cuando se desencadenan sus pasiones, el pueblo es siempre el mismo en todas partes. Acuérdomeme de haber visto llegar á Versalles los prisioneros de la *Commune*. Llenábanlos de injurias é insultos; personas bien vestidas les daban bastonazos. Hubiéranlos acuchillado á no ser por las filas de soldados que los custodiaban. Cierto que la insurrección de la *Commune* ante el enemigo vencedor fué una de las más odiosas que menciona la historia, la más

odiosa quizá de las insurrecciones muy frecuentes, por desdicha, en Francia. La justicia de su país tenía el derecho y el deber de condenar á esos criminales de lesa patria. Prisioneros, tenían derecho á la seguridad».

Concluye el autor su trabajo con estas profundas consideraciones: «El imperio, fundado por la guerra, hundíase por la guerra; gran lección para los pueblos, si las lecciones de la historia pudieran dominar alguna vez las pasiones humanas».

*
* *

Alcornocales é industria corchera, por D. PRIMITIVO ARTIGAS, ingeniero de Montes. Impresa de Real orden.—Madrid, imprenta de Ricardo Rojas, 1895.—En 4.º, 343 páginas y un atlas de XXVII láminas.

Hé aquí una obra de verdadera importancia que bastaría para dar crédito á su autor, si el Sr. Artigas, que antes de ahora ha publicado excelentes producciones, no fuese ya conocido como ingeniero de clarísima inteligencia y laboriosidad envidiable. No es el libro que nos ocupa de los que se componen leyendo otros varios que tratan del mismo tema, no; el Sr. Artigas ha necesitado verificar muchos viajes y detenidas experiencias; ha recogido año tras año multitud de datos y observaciones; acudió diligente á sus amigos para que le auxiliaran en su difícil empresa, y aprovechando las horas que sus tareas oficiales le dejaban libres, redactó este volumen que tan extraordinario servicio ha de prestar á los propietarios de alcornocales y á los dueños de las fábricas de tapones. Con ser tan grande la valía del libro, aun se acrece considerando que, cual antes queda indicado, el autor no ha desatendido sus múltiples obligaciones oficiales, pues no se le concedió, según se acostumbra para trabajos de no mayor empeño, comisión especial ni se le retribuyeron los viajes con dietas ó indemnizaciones. Ciertamente que, así como no

suelen ser los mejores estudiantes aquellos que viven en desahogada posición, tampoco suelen estar la cantidad de trabajo ni la calidad de éste en razón directa de los medios pecuniarios con que se recompensa. El que tiene verdadera vocación no mide las ventajas que aquélla le puede proporcionar: el sabio investiga y el poeta canta sin otro fin que su íntima satisfacción.

Nuestro periódico, por su índole, no se presta á hablar extensamente del libro titulado *Alcornocales é industria corchera*; mas no hemos de omitir que el autor examina, entre otros puntos, los siguientes: condiciones naturales y en que vive el alcornoque, fructificación, repoblado artificial, área del alcornoque, tratamiento de los alcornocales, productos secundarios, enemigos y enfermedades del alcornoque, incendios y valor en venta de los alcornocales. Ya en la *industria corchera*, trata del apilamiento, preparación y división de las planchas de corcho, elaboración, nuevo apartado y refinación de tapones, embalaje, máquinas, clases de tapones, precios, cualidades del corcho, comercio de tapones, aranceles, otras aplicaciones del corcho, importancia de la industria taponera y medios de fomentarla.

Bien merece señalarse que el Sr. Artigas cita, como la obra de arte de mayor mérito ejecutada con corcho, la que hizo el ilustrado médico de Palafrugell, ya difunto, D. José Martí y Vintró, intitulada *Cuadro heráldico cronológico de España* (lámina XXVII); tiene dos metros de alto por 1,39 de ancho: en el centro se ve el escudo de España bajo un dosel, y circundado todo por una orla que representa el gran collar del Toisón de Oro; á su alrededor hay otra orla paralela que representa el collar de la orden de Carlos III, y en el espacio comprendido entre ambos collares están, primorosamente tallados, los escudos de las 49 provincias; hay además los escudos de las poblaciones cabezas de partido, etc. En resumen: un prodigio de habilidad y paciencia. Catorce años empleó en su ardua labor el Sr. Vintró; justo será que el Gobierno la adquiera para algún museo del Estado.

Para concluir: D. Primitivo Artigas puede estar satisfecho, porque honra al Cuerpo de Ingenieros de Montes, á que perte-

nece; nosotros, que conocemos de antiguo las cualidades que le adornan; nosotros que sabemos que en él compiten la modestia con el talento y la caballerosidad con el amor al trabajo, enviámosle entusiasta y sincera enhorabuena. Pocas veces se imprimen de Real orden obras de tan indisputable mérito. El tipógrafo D. Ricardo Rojas y el litógrafo Sr. Mateu realzan el valor del texto por el esmero de la estampación y la belleza de las láminas.

*
* *

Mythes, cultes et religion, por A. LANG. Traducido por León Marillier, con la colaboración de A. Dirr.—París, Félix-Alcan, editor, 1896.—En 4.º, XXVIII-683 páginas: 10 francos.

El autor se ha propuesto presentar en un cuadro de conjunto los rasgos principales de la religión que fué común á la humanidad primitiva, expresada por los mitos y ritos más diversos en la apariencia, á pesar de las estrechas analogías que los unen, y dar una interpretación, conforme exactamente con los hechos, de la mitología de los pueblos civilizados de la antigüedad, de los egipcios, griegos é indios en particular, ó por lo menos de lo que en esa mitología parece absurdo ó irracional. La hipótesis de la supervivencia sirve al Sr. Lang para interpretar los mitos, en los que la escuela filológica no quería ver más que el resultado de la confusión de las palabras y de una especie de enfermedad del lenguaje. El autor dedica al estudio del estado mental de los salvajes—cuyo conocimiento es tan esencial para comprender sus creencias—los primeros capítulos de la obra. El traductor ha añadido una notable instrucción acerca del papel que desempeña la psicología en los estudios de mitología comparada.

*
* *

Otras publicaciones.

El creosotal y el carbonato de guayacol en el tratamiento de la tuberculosis, por los doctores Taube y Calatraveño. Madrid, 1896. En 8.º, 44 páginas.—Trabajo muy interesante, que demuestra las ventajas de los medicamentos citados en la curación de la tisis. El capítulo primero, titulado *La tuberculosis desde el punto de vista social*, sirve al Dr. Calatraveño para lucir sus dotes de escritor correcto, fácil y galano.

Á pesar de ser ya muy conocida las *Agendas de bufete* que los Sres. Bailly-Baillièrre é Hijos periódicamente editan, por los muchos años que cuentan de existencia y por los útiles servicios que prestan á todas las clases de la sociedad, no podemos menos de recomendar á nuestros lectores la adquisición de las que para el año de 1896 acaban de poner á la venta, en la seguridad de que nos lo agradecerán.

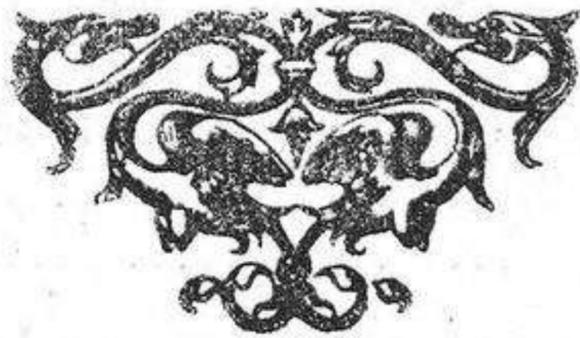
Las ediciones de este año aparecen muy mejoradas, por lo que la *Agenda de bufete de Bailly-Baillièrre* es tan indispensable en el escritorio del negociante como en la gaveta del ama de llaves. También son dignos de especial recomendación los almanaques de pared que publica la mencionada casa de Bailly-Baillièrre é Hijos.

Boletín oficial de la provincia de Gerona.—En este periódico hemos visto que la Comisión de que es Jefe el sabio ingeniero de Montes D. Andrés Llauradó y subalterno el muy entendido ingeniero de aquel ramo D. Javier de Ferrer ha publicado los oportunos concursos para el suministro de los materiales necesarios para los trabajos de fijación y repoblación de las dunas procedentes del golfo de Rosas. También se ocupa dicha Comisión en terminar los oportunos expedientes de expropiación para efectuar muy en breve los replanteos en La Escala y Torroella de Montgrí.

Almanaque del empleado para el año de 1896. Obra de inmensa utilidad para los funcionarios del Estado y clases

pasivas. Director propietario, D. Restituto Estirado, doctor en Derecho, juez auxiliar de Madrid, etc. Año XXVIII. Madrid, imprenta de Ricardo Rojas, 1895. En 8.º, 272 páginas, una peseta.—Cuantos elogios hicimos en los años anteriores de este almanaque y de su pulcra y elegante impresión, pueden aplicarse al que ahora ha salido á luz, superior á los precedentes por el caudal de noticias que atesora.

A



ÍNDICE DEL TOMO C

15 DE OCTUBRE DE 1895

	<u>Páginas.</u>
Prólogo de un libro, por D. Federico Rahola	5
Pasteur, por el Dr. Calatraveño.....	22
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes...	29
La venganza de Jorge, por D. Gonzalo de Castro	44
En la costa, por D. Juan Alcover.....	50
Farsas, por D. César Moreno García.....	54
Berenice, por Larmig	63
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	75
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	85
D. José de Cárdenas y el presupuesto de Fomento (conclusión), por D. C. Soler Arqués	98
Boletín bibliográfico.....	104

30 DE OCTUBRE

Curso de Antropología integral como teoría de las relaciones entre lo moral y lo físico aplicada á la práctica médica, por D. José de Letamendi.....	113
Prólogo de un libro (conclusión), por D. Federico Rahola.....	128
Más opiniones regionalistas, por D. Aureliano J. Pereira.....	141
El «eterno femenino», por D. R. D. Perés.	148
El castellano y el portugués, por D. Pedro A. Berenguer	154
Riñones salteados, por el Conde de las Navas	162
A Dios, por D. Luis Moreno Torrado.....	167
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes...	171
La muerte de Séneca, por D. Emilio Blanchet.....	184
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	193
Boletín bibliográfico.....	216

15 DE NOVIEMBRE

Islas Filipinas, por D. Víctor Balaguer.....	225
Un certamen dramático, por D. Carlos Cambronero.....	240
Sangre de la herida, por D. Gonzalo de Castro.....	248
Curso de Antropología integral como teoría de las relaciones entre lo moral y lo físico aplicada á la práctica médica (conclusión), por D. José de Letamendi.....	252
Una página de la historia de los Césares, por D. Angel Lasso de la Vega.....	266
Bienaventurados los humildes, por D. Juan Alcover.....	272
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes ..	276
La una de la noche, por D. Ricardo Gil.....	286
La esclavitud, por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	289
El reparto de la tierra, por D. J. L. Estelrich.....	299
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	301
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	314
Crónica quincenal, por C. S.....	322
Boletín bibliográfico.....	329

30 DE NOVIEMBRE

Determinación del concepto de arte, por D. Mariano Amañor....	337
En defensa de las murallas de Lugo, por Acarinto Gerenio.....	347
Islas Filipinas (conclusión), por D. Víctor Balaguer.....	353
Melodía etiópica, por D. Juan Alcover.....	369
Retrato del perfecto médico, por D. José del Carmenal.....	374
Un certamen dramático (continuación), por D. Carlos Cambronero.	384
Introducción, por D. J. L. Estelrich.....	394
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes...	398
La esclavitud (continuación), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	406
El abanico de una virgen, por D. Luis Moreno Torrado.....	419
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	423
Crónica quincenal, por C. S.....	430
Boletín bibliográfico.....	438

15 DE DICIEMBRE

Conferencia, por D. Pablo de Alzola y Minondo.....	449
Un certamen dramático (conclusión), por D. Carlos Cambronero..	472
El ciprés de mi huerto, por D. Juan Alcover.....	482

Pastores y zagalas, por D. César Moreno García.....	486
La jura en Santa Gadea, por D. Dionisio Monedero.....	492
El rey de las elfes, por D. J. L. Estelrich.....	498
La esclavitud (continuación), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	500
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes...	512
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	524
Crónica quincenal, por C. S.....	534
Boletín bibliográfico.....	546

30 DE DICIEMBRE

Exploraciones prehistóricas, por D. Julián Apraiz.....	561
La obra de Pasteur en la Química, por D. José Rodríguez Mourelo.	572
El nido, por D. Juan Alcover.....	587
La esclavitud (conclusión), por D. Gabriel María Vergara y Martín	594
Ante la Alhambra, por D. Gonzalo de Castro.....	605
La guerra y nuestras guerras, por D. Leopoldo Barrios.....	608
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	620
Marcela, por D. M. Morera y Galicia.....	626
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes...	635
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	645
Crónica quincenal, por C. S.....	654
Boletín bibliográfico.....	663

